

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
SERVICIO SECRETO

el "dossier" escarlata

curtis garland





SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

EL «DOSSIER» ESCARLATA

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.097
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal B 24.596-1971
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: agosto, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.095 — M-31, misión “Fuego Verde”.

En Colección PUNTO ROJO:

480 — La dama de oro.

“Un agente federal es algo más que un hombre adiestrado con las armas, y que puede combatir ventajosamente con los más peligrosos adversarios armados.

”Yo exijo de mis hombres que, además de asimilar las enseñanzas en el período de instrucción y adiestramiento para su ingreso en la Academia, además de manejar perfectamente un rifle, un revólver o un arma blanca, e incluso sus propios puños, sepan utilizar el cerebro cuando llega la ocasión.

“Y, naturalmente, también el corazón. Sin corazón y cerebro, un policía no es apenas nada. Solo un simple pistolero con licencia para matar legalmente...”

Edgar J. Hoover,
Director de la Oficina Federal de Investigación,
de Washington, D. C.

PÓRTICO

EXISTIÓ durante cierto tiempo en el archivo de la Oficina Federal de Investigación, como algo maldito que todos rehuían mencionar.

Era uno de los grandes fracasos del FBI. Un legajo polvoriento, que nadie se hubiese atrevido a extraer ni por asomo.

La carpeta que lo contenía, era roja. El tiempo y el polvo la había descolorido un poco, pero seguía siendo roja. Alguien tuvo la ocurrencia de bautizarlo, y el nombre quedó para siempre ligado a aquel fiasco de los federales: el dossier escarlata.

Toda la policía del mundo tiene casos así. Scotland Yard, la Súreté, Interpol... El FBI no puede ser una excepción. Tiene sus casos sin resolver. Algunos, ni siquiera se espera que se resuelvan jamás.

El caso del dossier escarlata es uno de ellos. Fue el peor y más difícil de todos, por las especiales circunstancias que concurrieron en él.

En su época, no pudo ser resuelto. Nadie más que el FBI estuvo tan cerca de aclararlo entonces, y sin embargo no fue así. No se resolvió entonces, ni había esperanzas de que se resolviera más tarde.

Los propios agentes federales empezaron a considerarlo un caso totalmente perdido, condenado irremisiblemente a no tener jamás solución. Como el de Jack, el Destripador, allá en Londres el pasado siglo. Como tantos otros enigmas sin final, donde el criminal, para perjuicio de la moraleja de estos casos, no llegó a pagar nunca su culpa...

Una simple casualidad, un azar casi cómico, hizo que volviera el dossier escarlata a la luz y que fuera sacudido el polvo que ensuciaba la carpeta donde se encerraban los datos, fotografías e informes de entonces, cuando el asunto comenzó... y terminó. O no terminó, para ser más exactos.

Y alguien, el menos indicado quizá para semejante empresa, se vio de pronto enfrentado al rojo dossier maldito del FBI...

Al caso sin solución más difícil y complicado que jamás archivó policía alguna en sus estantes de diligencias perdidas.

A pesar de los años, aún era posible encontrar un final, una solución al asunto.

Pero... ¿cuál?

CAPÍTULO PRIMERO

—¿CÓMO te llamas?

—Scott. Broderick Scott. Es largo, y la gente prefiere llamarme Brod Scott.

—Brod Scott... No suena muy bien. Te llamaré Rick Scott.

—Rick Scott... —el muchacho ponderó la cuestión con gesto animoso—. Eh, eso suena bien. Gracias, señor. Me gusta. Rick Scott. Sí, así me haré decir.

El inspector instructor Lewis Carleton miró al joven y le habló paternalmente, tomándole por un brazo:

—Mira, Scott, hijo, ¿de qué promoción eres?

—De... la última, señor.

—La última... —en el rostro de Carleton asomaron al menos diez poemas mudos—. Sí, debí suponerlo. Bueno, Scott, hijo, pues escucha esto. No debes andar por ahí dando las gracias a todo el mundo por cualquier cosa. A fin de cuentas, todos estamos para favorecernos mutuamente, y si bien es cosa agradable la buena educación, el decir gracias aquí, gracias allá, y gracias más allá, venga o no venga a cuento, lo único que logramos es que los demás compañeros, más veteranos que tú, se burlen de ti. ¿Entiendes?

—Sí, gracias, señor...

—Oh... —suspiró Carleton, soltándole con una sacudida de cabeza—. Es inútil...

El inspector Carleton paseó por la estancia, meditativo. Broderick Scott era un muchacho joven, alto, de mirada obstinadamente fija al hablar. Carleton reconocía que acaso llegara a ser alguna vez un buen agente, pero no ahora. Era demasiado joven para eso. Él decía que un buen federal solo se podía ser después de los treinta años. Y Scott apenas si llegaba a los veinticinco. Nula experiencia, recién aprobado en la Academia de

Quantico, ingresando aquella misma temporada en el FBI.

Todos los males, pensaba Carleton. Y siempre le caían a él y a su grupo. La Oficina Federal en Chicago debía tener algo especial que no tenían otras, para ganarse a todos los ineptos perdidos por el mundo. Carleton estaba irritado, pero no quería demostrarlo abiertamente. No ante el muchacho Scott. Entre sus normas, no figuraba la de desalentar o desmoralizar a un agente, por novato y por inepto que fuese.

—Dando con el martillo sobre el yunque, termina moldeándose el hierro —decía a veces el propio Carleton a sus alumnos—. Jamás me he sentido vencido de antemano con nadie, por poco que pareciera valer. Considero que lo que un buen policía necesita, si realmente tiene talento para serlo, es experiencia. Solo con esas dos virtudes puede llegar a valer lo que realmente necesita la sociedad de él.

Pero eso no impedía que, interiormente, se sintiera furioso. Una cosa era ser paciente y confiar en que el día de mañana un novato podía ser un buen federal, y otra muy distinta que le enviasen a él a todos los novatos y aprendices de policía que la Academia de Quantico enviaba anualmente a servir a la ley.

—¿Qué te dijeron al enviarte a Chicago, Scott? —preguntó Lewis Carleton repentinamente, volviéndose hacia él.

El joven Scott sonrió, inclinando la cabeza. Habló, con cierta timidez. Como si supiera lo que realmente pensaba de él y de otros que eran como él.

—Solo me dijeron unas pocas palabras, señor —manifestó el joven apaciblemente—. Algo así como: “Ve a Chicago, hijo, y preséntate al Inspector Instructor Carleton. Él sabrá lo que debe enseñarte, te adiestrará para que llegues a ser un perfecto agente federal y te dará la labor que considere más idónea para ti en todo momento”. Eso dijo, señor.

—Eso dijo... —refunfuñó Carleton—. ¿Quién te lo dijo?

—El inspector Webster, señor. Allan Webster.

—Allan Webster, el maldito bast... —se contuvo, apretando los labios, y trató de contemporizar, bajo la mirada inexpresiva del joven Scott—. De entre todos los tipos que quisieran verme morir con una apoplejía, creo nadie como Webster la gozaría más, el muy...

Scott sonrió divertido, pero volvió a su gesto grave cuando comprobó que Carleton, en el fondo, se irritaba bastante en serio con su compañero. Scott recordó algo más que le había dicho Webster en Quantico, y que prudentemente calló ante Carleton: “No te asustes si el viejo gruñón me pone verde o te tilda a ti de novato inútil, o cosa parecida. Es un cascarrabias, aunque en el fondo no resulte mal chico...”

Carleton había llegado hasta la ventana de su oficina, contemplando el exterior de espaldas a Scott. Sin volverse, dijo de repente:

—Te voy a destinar de auxiliar de mis agentes Howard Kern y Michael Jansen, de la sección de Narcóticos y trata de blancas. ¿Conforme?

—Conforme, señor.

—Al principio, vas a aburrirte mucho, hijo. Solo te ocuparás de archivar documentos, atender llamadas telefónicas, y todo eso. Pero la profesión es difícil, y llegar arriba es muy duro. Todos han pasado antes por la misma experiencia, de modo que no te quejes.

—No me quejo, señor. Haré lo que sea preciso.

—Bien, eso es todo. Te voy a presentar a tus nuevos compañeros. Y no te enfades demasiado, si al principio te hacen alguna mala pasada. Es lo que a ellos les hicieron los veteranos en un principio...

—Comprendo —inclinó la cabeza Scott—. La novatada.

—Sí, eso es —le miró fijamente ahora el inspector, girando la cabeza—. Me alegra que lo entiendas. Si tienes buen criterio en todo momento, lograrás ganarte su amistad y afecto. En el fondo, somos todos como una gran familia dispersa por el país. Considera a tus compañeros, por el momento, como unos hermanos algo mayores y soporta sus bromas. Eso carece de importancia, ante la carrera que uno se promete alcanzar, Scott.

—Por supuesto, señor. Siempre he pensado así.

—Bien, vamos —le tomó por un brazo, dirigiéndose a la salida del despacho—. Oficialmente, este es tu auténtico ingreso en el FBI, agente Scott...

Carleton tuvo razón. Había que tener mucha paciencia para soportar ciertas cosas.

Las bromas de los veteranos federales eran frecuentes. Y él era el único novato en la oficina de Chicago. Eso le convertía en blanco inevitable de todas las chanzas.

No solamente eran Howard Kern y Michael Jansen, sus jefes inmediatos, sino los demás compañeros de los Departamentos de Inmigración, Defraudación Fiscal o Actividades antiamericanas, quienes apelaban a él como motivo de diversión. Scott, callado, soportaba las burlas estoicamente.

—No hemos logrado irritarle nunca —señalaba Jansen a sus compañeros, en ausencia de Scott, que había sido enviado a Laboratorios por Kern, para recoger unos análisis y pruebas en un caso criminal actualmente en marcha.

—Es difícil —observó otro—, Scott es un muchacho muy callado, al menos ante nuestras burlas. No creo que llegue a enfadarse nunca seriamente. O al menos, no lo demostrará.

—Me gustaría que una vez, realmente, se enfadase con todos nosotros. Sería aún más divertido que nunca. ¿No se os ocurre a nadie una broma realmente fuerte, algo que colme el vaso de su santa paciencia?

Los federales se miraron entre sí, perplejos, sin saber qué decir o pensar. Habían apelado a todas las jugarretas de buena ley, sin lograr exaltar los apacibles ánimos de Scott. Hacerle una mala pasada, no entraba en su sana idea de diversión a costa del novato.

—Dejadme estudiarlo —prometió Kern, interviniendo sonriente en la charla—. Os prometo encontrar algo que nos divierta, sin ofender a Scott, pero sí obligándole a enfadarse con nosotros, por mucha que sea su paciencia y su autocontrol.

La promesa de Kern pareció calmar los afanes burlescos de sus compañeros de la Oficina Federal. El grupo se disolvió, volviendo cada cual a lo suyo, cuando Broderick Scott, el novato del FBI, hizo su aparición por el corredor, con las bolsas precintadas de los laboratorios federales en Chicago.

Durante varios días, las chanzas ligeras continuaron, siempre pacientemente admitidas por Scott, pero este no dejó de sentirse satisfecho en el fondo, porque observó ostensiblemente que reducían de número y de frecuencia, y que sus compañeros

parecían irse olvidando de su condición de recién llegado, como si ya en forma paulatina fuese pasando a formar parte del grupo de los auténticos agentes con veteranía dentro de la Oficina Federal que en la ciudad de Chicago era delegación metropolitana de la central de Washington.

Así, casi cuando Scott se había olvidado de las burlas de sus compañeros, surgió la idea en la mente risueña de Howard Kern.

—No os vayáis —susurró en voz baja a Jansen y los demás, cuando pasó junto a ellos, en las horas de trajujo—. Tenemos que hablar después...

Aquel después se refería al momento en que el joven e inexperto Scott abandonase la oficina para almorzar.

Pero ni Scott se enteró de lo que se tramaba a su espalda, ni los federales dieron la menor muestra de que sucediese algo extraordinario. Fue como si Kern no hubiera dicho absolutamente nada.

Pero al ausentarse Broderick Scott, con su tímida despedida, los agentes del FBI corrieron a reunirse con Kern, que sonreía irónicamente en su asiento, esperando la avalancha.

—¿Qué sucede, Howard?

—¿Has ideado algo?

—¿Se te ocurrió alguna cosa para Scott?

—¿Está ya la gran novatada en marcha?

Las preguntas llovían. Kern hizo un ademán con las manos, frenando sus ímpetus e impacencias. Se echó a reír y respondió con sencillez:

—Se me ha ocurrido lo mejor, muchachos.

—Supongo que será algo fuera de lo corriente... —señaló Jansen, realmente esperanzado.

—Lo mejor de lo mejor. Y nada que hayamos probado aún con ninguno otro novato —aceptó Kern, risueño.

—Nos tienes sobre ascuas. ¿De qué se trata?

—Vamos a dar a Broderick Scott, brillante y joven agente especial del Federal Bureau of Investigation, su primer caso importante en la carrera.

—¿Eh? ¿Qué diablos dices?

Los agentes se miraron todos entre sí, realmente sorprendidos,

como si aquello fuese lo último que hubieran esperado oír. Howard Kern sonreía abiertamente, la mirada fija en sus camaradas.

—¿Hablas en serio, Howard? —indagó Jansen, perplejo.

—Completamente en serio, Mike —asintió el primero de los agentes del grupo que Carleton dirigía en Chicago

—Ya entiendo. Vas a inventarte un caso, se lo darás a Scott y...

—Nada de eso. No voy a inventarme nada, Mike.

—Entonces, permíteme que te diga que no entiendo nada...

—Voy a darle un caso federal auténtico.

—¿Te has vuelto loco? Si le das alguna tarea difícil, fracasará rotundamente. Y sería una broma sangrienta, Howard. Le haría perder la fe en sí mismo y le hundiría para el futuro, como policía. No creo que debamos llegar a tanto en nuestra burla...

—Espera, Mike. No es lo que imaginas. No se trata de hundir al chico. Yo jamás haría algo así. Todo será una broma. Pero con todos los visos de la mejor y más fuerte realidad. Al final, comprenderá que es así, se enfadará con nosotros terriblemente, pero eso será todo.

—No puede hacerse cargo de ningún asunto, Howard. No podríamos darle ninguno que pareciese adecuado para él... No tragará con esa broma, estoy seguro. Ese chico no es ningún tonto.

—Claro que no. Pero se tragará el anzuelo fácilmente y cuando termine la broma, no podrá reprocharse nada, porque habrá dado en la misma pared en que se golpeó el FBI durante casi veinte años.

—Que me ahorquen si te entiendo...

—¿Aún no os dais cuenta? Le voy a hacer investigar un caso importante. Un asunto federal de la mayor importancia. El *dossier* escarlata...

—¡El *dossier* escarlata...!

* * *

El *dossier* escarlata.

Era aquel. La carpeta roja, polvorienta, perdida entre legajos en el archivo federal de Chicago.

—¿Es este, verdad? —preguntó, antes de tocarlo.

—Sí, sí —afirmó Kern—. Ese es, muchacho.

Scott lo tomó con cuidado. Kern le había quitado bastante

polvo. Aun así, el pomposo escarlata con que era conocido en todos los ámbitos federales resultaba bastante pálido, sucio y deteriorado.

Luego, lentamente, el joven federal descendió con la voluminosa carpeta, como algo precioso e inviolable que portara consigo. Kern, Jansen y los demás, tuvieron que hacer poderosos esfuerzos para no soltar la risa.

—Muchacho, es tu primer caso —señaló un federal con tono grave—. El más solemne momento en la carrera de un hombre que quiere llegar a ser digno del FBI y de su historia...

Asintió el joven, tan solemne como el otro. Pero su actitud sincera, de buena fe, provocó dificultades en los demás para contener el tono aparentemente serio de la situación.

Scott llegó abajo con su propio legajo. Kern le informó, con visos de sinceridad en su voz y en su tono:

—Ese caso, Scott, quedó sin resolver durante algunos años, porque el FBI no ha podido ocuparse de él, al reestructurarse, con motivo de los problemas en Europa, la existencia de Hitler y el peligro alemán, que nos obligó a ocuparnos más del contraespionaje en América que de otras cosas. Ahora, finalmente, se nos ha ordenado darle fin. Es un asunto relativamente sencillo, pese a su aparente dificultad. Y confían en ti para ello. Naturalmente, aunque le veas alguna dificultad, algún obstáculo, no deberás mencionarlo así a nadie, por si ello causa mal efecto, al ser tu primer asunto.

—Naturalmente, sí —asintió el joven, con su mejor buena fe—. No diré absolutamente nada, por difícil que ello sea. Lo investigaré, conforme me ha sido ordenado. Demostraré que soy un buen agente, y que hicieron bien al confiar en mí para esta tarea, Kern.

—Bravo, muchacho —conteniendo su hilaridad, Kern palmeó al joven—. Ahora debes quedarte en la oficina, estudiar ese legajo a fondo, leer todos los documentos ahí recopilados, sacar de ellos las conclusiones pertinentes para iniciar las pesquisas. Te trazas un bosquejo de los puntos más trascendentes de la cuestión, llevas a cabo un plan de trabajo... ¡y manos a la obra, hijo! Obvio será decirte que te deseamos de verdad mucha suerte, muchísima suerte...

—Gracias, señor —respondió con sinceridad Scott, bajando la cabeza. Luego, la alzó de nuevo, se quedó mirando lealmente a sus

colegas veteranos, y manifestó—: Sé que esto es como una familia amplia y muy árida. Ustedes todos están deseando lo mejor para mí, aunque soy un recién llegado, un novato en todas estas lides. Sé que puedo contar con su amistad y camaradería más leales. Sé, también que, llegado el caso, podría confiar en ustedes todos, para solicitar una ayuda, un consejo, una mano amiga y cordial en cualquier circunstancia difícil para mí, dentro de la investigación.

Kern sintió que un nudo le atragantaba la saliva repentinamente. Algo falló dentro de él. Tentado estuvo de arrancar de manos del joven el legajo rojo, para decirle enérgicamente, casi con vergüenza:

—Dame, muchacho, y olvídate de todo esto. Es una broma. Todo ha sido una simple broma. Ese asunto no tiene solución. Está olvidado, enterrado, y nadie aquí ni en Washington quiere oír hablar de él. Perdona la chanza, y deja eso donde estaba...

Lo pensó. Estuvo a punto de hacerlo. Pero no lo hizo.

En vez de eso, se mantuvo quieto, mirando al sereno muchacho de ojos grises, a Broderick Scott, el nuevo camarada dentro de las tareas cotidianas de una oficina federal, rutinaria y burocrática, no llena de emociones y peliculerías, como pensaba mucha gente a la mágica mención del FBI.

Pensó que no era justo privar a sus compañeros de la broma proyectada, y que no debía fallarle la firmeza en el último momento, cuando Scott se había tragado ya el cebo, con anzuelo y todo.

Así, sonriente, volvió a palmear al muchacho, con rotunda cordialidad y le respondió:

—Claro, chico. Cuentas con nosotros para todo, absolutamente todo lo que precises. Pero yo sé que tú, solamente tú, con ayuda de los métodos que la organización pone a tu alcance, resolverás el asunto como todos esperan que hagas...

Scott sonrió, tímido y a la vez lleno de esperanzas y de confianza en sí mismo:

—Puede estar seguro de eso, señor. Este será el primer caso que resuelva en mi vida. No defraudaré a quienes confían en mí.

Y solemne, lleno de sentido de su propia responsabilidad, oprimió afectuosamente el *dossier* contra sí, y se encaminó a su mesa de trabajo, para sumirse en la lectura de los amarillos

documentos olvidados, de la historia violenta y complicada de un viejo caso criminal, sin solución posible en la actualidad, por muchas y poderosas razones.

Howard Kern salió de las oficinas, y el joven Scott se quedó solo, sin salir siquiera a almorzar, sumergido en la lectura del famoso e irresoluble *dossier* escarlata...

* * *

—¿Qué te ocurre ahora, Kern?

Howard sacudió la cabeza, cruzando una mirada sombría con su amigo Mike Jansen.

—Creo que no debimos hacerlo —mencionó.

—¿Eh? —se extrañó Jansen—. ¿A qué te refieres?

—A ese chico, Scott... A la broma que estamos llevando a cabo.

—Kern, fue idea tuya...

—Sí, ya lo sé. Sin embargo, opino que no debí seguir adelante. Pobre muchacho...

—No pensabas igual antes de iniciarla. ¿Qué te ha ocurrido para cambiar de idea tan súbitamente?

—No sé... Acaso fueron las palabras de Scott, acaso su mirada tan solo... Era patéticamente sincera, Mike. Está lleno de fe en sí mismo, en ese maldito asunto que nadie puede ni podrá jamás resolver... Cree de buena fe en nosotros, en los amigos de la oficina, en la lealtad de los camaradas más veteranos que él, más expertos en la investigación...

—Diablos, Howard, eso es mal asunto... —refunfuñó Jansen, sacudiendo la cabeza—. No esperaba que el chico obrara así. Va a ser muy duro para él, cuando sepa que nosotros... que nosotros, los camaradas leales, lo único que hicimos por él fue tomarle el pelo.

—Y, sin embargo, ya es tarde para interrumpir todo esto. El mal está hecho, Mike. Ese pobre Scott anda con la cabeza hundida en los viejos escritos, en los informes y testimonios de entonces, seguro de que en cuanto termine la lectura y sepa cuál es el asunto, va a salir a la calle y va a resolverlo él solito...

—Le harás el mismo mal si le revelas ahora la verdad. Y ante todos, quedarás como un tonto sentimental que se ablandó en el último momento... Creo que es preferible dejar que las cosas

continúen. Ya imaginaremos algo entretanto, le diremos que se ha aplazado la investigación, o cualquier cosa parecida, Howard...

—Sí, posiblemente sea lo mejor —sacudió la cabeza Kern—. De cualquier modo, no podemos llevar esto muy lejos. No sería justo ni honrado. Ese chico tiene corazón, espíritu, bondad... No se puede romper impunemente tantas cosas, solo por gastar una novatada.

—Conforme, Kern. Creo que todos lo entenderán así. Una cosa es burlarse de un recién llegado sin experiencia, y otra muy distinta es romper sus ideales, defraudarle en su concepto de la camaradería.

—Y, mientras tanto, ese muchacho sigue con la cabeza hundida en su *dossier* escarlata... —refunfuñó Kern, malhumorado, apartando de sí el plato del almuerzo, a medio terminar—. Diablos, soy un ruñan, Mike.

—Todos somos un poco rufianes —sonrió Mike, conciliador—. ¿No terminas tu comida, Howard?

—No. No sé lo que me ocurre. Pero no tengo apetito.

CAPÍTULO II

BRODERICK SCOTT hizo una pausa.

Encendió un cigarrillo y fumó durante unos segundos, pensativo. Sus ojos grises y agudos recorrieron los muebles, la oficina vacía. Pensó en el almuerzo, vio la hora en el reloj eléctrico de la pared. Pero no tenía apetito él tampoco. Las causas eran muy diferentes a las que pudiera tener en esos momentos Howard Kern, en la cercana cafetería.

Pero estaban motivadas por una misma cosa; el *dossier* escarlata, abierto allí, en la mesa, ante sus ojos intrigados y brillantes.

Scott había empezado a leer la historia, la vieja historia de 1941. Veinte años atrás.

Veinte años, eran muchos años para olvidarse de un caso criminal. Veinte años lo cambian todo. La época, las circunstancias, los personajes mismos... Veinte años eran como un abismo, un abismo vacío abierto entre dos tiempos diferentes y lejanos.

Chicago había cambiado en esos años. América toda había sufrido el mismo cambio. El mundo entero era ya distinto. Las personas, las circunstancias...

¿Por qué dejar atrás ese *dossier* durante dos décadas enteras, olvidado y sin solución final?

Scott, intrigado, lleno de curiosidad profesional, volvió sus ojos a la lectura. Había examinado en primer lugar una serie de documentos, de informes oficiales, de expedientes, de citaciones judiciales y toda clase de anexos a la documentación del caso.

Pero realmente, el caso se iniciaba ahora, en los folios siguientes, mecanografiados con desvaídos tipos en tinta violeta, casi marchitos. Como la misma época y sus personajes. Como todo allí, en aquel legajo que olía a polilla, a polvo, a rancio...

—No lo entiendo —masculló Scott—. No puedo entenderlo... Si

no fuese un asunto demasiado serio, pensaría que todo esto no es sino una enorme broma.

Sacudió la cabeza, perplejo. Inició la lectura de los folios donde la Oficina Federal refería detalladamente los sucesos de 1941, en la ciudad de Chicago. Sucesos que condujeron al caso criminal más sorprendente que se conocía en los anales del FBI. Y también al caso más oscuro e impenetrable de todos.

Scott se hundió en la lectura, se sumergió materialmente en aquellos tiempos lejanos, procuró desdoblar su físico en su mente, en un esfuerzo supremo por adentrarse en los hechos distantes, por penetrar en aquel pasado, veinte años atrás, cuando todo empezó.

El *dossier* escarlata pareció cobrar vida para él. Sus hechos insólitos volvieron a tener forma, dimensión, realidad tangible, para la imaginación de un joven e inexperto federal, llamado Broderick Scott.

CAPÍTULO III

CHICAGO. 1941. Invierno. Mes de enero justamente.

Eran años difíciles para el país. Y para el mundo.

La guerra hacía arder Europa Asia, el globo entero. Hitler, el Japón... Todo era una enorme hoguera de violencias, más allá de los límites del suelo norteamericano.

Todo eso, pesaba como una losa sobre el país, como sobre todos los países de no importaba qué latitud.

Todo eso hacía que muchas ciudades, a primera hora de la noche, pareciesen mundos silenciosos y sin habitar. Todo eso, convertía a la joven y bulliciosa América en una comunidad plagada de recelos, inquietudes, que miraban con cierto pesimismo al porvenir, y con mucho miedo a su presente.

Chicago, entre todas las ciudades de los Estados Unidos, conservaba en parte su ambiente, su vitalidad, su palpito ciudadano, no siempre honesto, porque la semilla Capone y de otros como Capone, aún estaba demasiado fresca para que sus más directos discípulos y herederos no siguieran considerando la ciudad como su campo de actividad oscura e ilícita.

Chicago solamente era un mundo desierto y callado cuando la madrugada estaba muy avanzada...

* * *

Las cuatro. El reloj del Loop emitió lentas las campanadas.

Estaba cayendo la nieve en gruesos copos, como trozos de algodón. Cuajaba fácilmente, pese a la humedad urbana y al aire helado del lago. En especial, las aceras blancas, alfombradas por el elemento helado, ofrecían un aspecto navideño, esponjoso, níveo. Apenas las salpicaduras oscuras de algunos pasos, y nada más. En cambio, las calzadas mostraban las huellas de neumáticos de

automóvil con alguna profusión, hasta formar en los puntos más concurridos un barrillo resbaladizo y sucio, mil veces más peligroso que la nieve.

El primer automóvil llegó coincidiendo con la última campanada de las cuatro en el reloj luminoso del Loop. Era un sedán negro. Un coche silencioso, diestramente conducido, que se detuvo frente al edificio.

Apenas un minuto más tarde, el segundo coche hacía su aparición en The Loop. Esta vez, era un “Lincoln” gris, de matrícula baja[1]. No tardó en seguirle un “Cadillac” negro, de aspecto impresionante, que pasó lentamente junto al “Lincoln”, para ir a detenerse en la esquina inmediata.

Rodando suavemente, un cuarto coche surgió por Ashland, pasó bajo la alta torre del Loop y su reloj para ir a detenerse en otro punto equidistante casi exactamente de los otros tres. Se trataba de un “De Soto” azul oscuro, lustroso y bien cuidado, en cuya carrocería la nieve licuada solo producía más brillo al pasar bajo los globos de luz del alumbrado nocturno.

El quinto automóvil llegó casi a las cuatro y cinco minutos. Era el más desconcertante de los cinco. Al menos, lo hubiera sido para cualquiera que se hubiera molestado en estudiar la arribada paulatina de coches silenciosos, relativamente lentos en su marcha, y coincidentes extrañamente en la zona de su aparcamiento.

El automóvil era negro. Una *limousine* larga y poderosa. En eso, nada había de notable. En su aparente utilidad, sí. Y mucho de notable.

El coche era una furgoneta fúnebre, con su cruz bien ostensible, y el compartimiento posterior para el féretro, cerrado con dos puertas metálicas, provistas de mirillas de vidrio en la parte de atrás.

Su conductor, pálido y enjuto, vestido totalmente de negro y cubierta su cabeza de negros cabellos con una enlutada gorra de visera de charol, tenía toda la apariencia de un digno funcionario de pompas fúnebres. La faz sin color y sin gesto, no revelaba la menor emoción al conducir. Ni tampoco al detenerse, justo tras el “Lincoln” gris de matrícula notable.

La nieve seguía cayendo con insistencia. Incluso tal vez había arreciado un poco su intensidad, desde poco antes de las cuatro. Un

viandante pasó veloz, embutido en su largo abrigo negro y su sombrero gris perla. Una moda puesta al día por la mayor parte de los pandilleros de Capone. El que no tenía dinero suficiente para el sombrero, conservaba la gorra de visera, habitualmente gris o negra.

Tras aquel peatón presuroso, aterido por la baja temperatura reinante, no circuló nadie más. Pasó un coche oscuro, y la calma más absoluta reinó en torno a la torre del Loop y su iluminada esfera de reloj.

Lentamente los coches parados empezaron a dar señales de vida. Sin ruido, sin prisas, sin apenas dar sensación alguna de acción real.

Por orden riguroso de llegada, cada automóvil comenzó a vomitar hombres. Cinco coches, cinco hombres. Cinco portezuelas que se abrieron. Cinco rostros, cinco figuras rígidas, cinco pares de ojos helados. Cinco pares de piernas en movimiento. Cinco pares de pies, de zapatos negros, charolados, se movieron sobre la nieve del bordillo pisando la acera en dirección a un punto común, a un centro radial, equidistante de todos ellos.

El sedán negro, lanzó a un hombre delgado, nervioso, pequeño y vivaz. Con impermeable gris oscuro y sombrero de fieltro de igual color. Con manos enguantadas, que cerraron de seco golpe la portezuela, antes de avanzar por la acera. Luego, sus manos se hundieron en los bolsillos.

El “Lincoln” gris, de matrícula preferente, depositó un fornido, atlético, altísimo individuo abrigo oscuro, con cuello de pieles, gorra automovilística y gafas de conductor de una década antes por lo menos. Sus manos iban provistas de guantes oscuros, de piel.

El negro “Cadillac”, al abrirse su portezuela, dejó salir a la nieve de la helada madrugada del Chicago invernal de 1941, la rechoncha, odiosa, casi gibosa figura de un hombrecillo de rostro de sapo, cráneo pelado bajo su sombrero negro, un bombín similar al de cualquier *gentleman* inglés. Su abrigo de mezclilla, grueso y alto corto, aún hacía más deforme y desproporcionada su rara apariencia. Igualmente enguantado, como los anteriores automovilistas, guardó las manos en sus bolsillos, moviéndose perezosamente hacia el mismo punto que los demás.

Resultó ser el cuarto hombre el más arrogante, joven y

distinguido de todos. Frac, capa negra con forro de raso, sombrero de copa de reflejos, bastón con puño de plata, y guantes blancos impecables. Un rostro moreno, guapo, de fino bigote, a lo John Gilbert o John Barrymore. Perfil afilado, ojos oscuros como Valentino, boca carnosa, casi feminoide, ademanes de bailarín de revista de Ziegfield, y aire de joven disoluto, bohemio y trasnochador. Los puntiagudos zapatos negros de charol casi parecían marcar un ritmo de *claque* o *tap* sobre el asfalto que la nieve esponjaba en blanco.

El quinto personaje, fue un auténtico enigma.

Brotó por las puertas traseras del coche fúnebre.

Como si el cadáver que pudieran llevar en el compartimiento funerario, hubiese cobrado repentina vida.

Era una visión alucinante. Un auténtico ser de pesadilla, que en momentos distintos a aquella madrugada frígida y solitaria, incluso hubiera podido causar hilaridad, como personaje de un carnaval grotesco.

No por el amplio, flotante, grueso abrigo negro. No por el sombrero de anchas alas caídas, ni por las manos largas, sensitivas, enguantadas en negro. No por su forma rígida y lenta de andar...

No por nada de eso, sino por su rostro. Su rostro... Una espantosa calavera. La faz blanca, descarnada y terrible de la propia Muerte.

Obviamente, se trataba de una máscara. Una faz de goma elástica y adaptable a su propio rostro oculto. Las rendijas, en las cuencas negras e hipotéticamente vacías, dejaban filtrar el brillo frío, cruel, maligno, de unos ojos lúcidos, herméticos, penetrantes y duros como pocos.

Pero eso, unido a la puerta posterior entreabierta de una furgoneta negra, fúnebre, destinada al traslado de cadáveres, le daba a la circunstancia un aire dantesco extraño, delirante.

El contraste del hombre enmascarado, con sus enlutadas ropas, en el blanco espectral de la calle nevada, resultaba grotesco, inquietante. Hubiera sido una escena de melodrama o propia de la escenificación de algún truco del Gran Houdini, de no tener en sí misma una apariencia alucinante, tensa y llena de sugerencias sombrías.

En 1941, con los herederos directos de Capone gobernando el

lado sur de la ciudad, y los supervivientes del viejo *gang* de Moran en su imperio norte, nadie se hubiese dedicado a formar espectáculos en la vía pública, o mascaradas grotescas que cualquier policía receloso pudiese disolver a ráfagas de ametralladora, en previsión de males mayores.

Cada uno de los personajes de los cinco automóviles, parecía tener una bien definida orientación, sin necesidad de consultarse mutuamente o de intercambiar palabras, gestos o ademanes de ningún tipo.

El punto elegido por todos, era un edificio de inocente apariencia, situado de espaldas al Loop y su torre con el reloj luminoso.

Un almacén de altos muros de ladrillo, puerta metálica, muy grande, provista de una puertecilla secundaria. Un almacén en cuya fachada aún se podía leer, aunque muy dificultosamente por la acción constante del aire, la lluvia, la humedad o el sol:

"CONSIGNACIONES COMERCIALES AGADIAN"

Las posibles consignaciones que el Comercio enviase a aquel punto, eran todo un enigma. En muchos años, nadie en la vecindad había observado el menor movimiento en aquel edificio. Pero, ciertamente, una tal Compañía Comercial Agadian, pagaba religiosamente el arrendamiento del local a sus dueños, y este no había podido ser cedido a otra empresa, en el supuesto de que los inversionistas tuvieran el menor deseo de adquirir nuevos locales, a raíz de los sucesos de 1939 que habían preocupado a casi toda la nación.

Entre este almacén y los locales inmediatos de aquella zona, había una especie de callejón entre dos altas tapias de ladrillo. Y, no lejos de allí, en el extremo de la siguiente manzana, como contraste, un edificio sólido y señorial, de piedra, con escalera de acceso a su entrada, y un frondoso parque lateral, cercado por altas verjas de hierro. Era la residencia de un importante financiero de Chicago, y nadie en el distrito lo hubiera asociado jamás con el almacén abandonado de las Consignaciones Comerciales Agadian. Entre un armenio comerciante de medio pelo, y un financiero que, milagrosamente se había librado del tremendo *crack* bolsístico del

veintinueve, distaba en teoría todo un mundo.

Pero eso era solo en teoría.

Los cinco hombres alcanzaron la puerta metálica. Uno de ellos se limitó a golpear de forma especial la plancha metálica, oscura y descuidada. Lo hizo con intermitencias, como si emitiera un mensaje en Morse, a base de golpes de nudillos en el metal.

Luego, otro de los presentes silbó una tonada popular, una melodía puesta de moda por el cine *Beguín the Beguine*, de Porter.

Detrás de la puerta metálica hubo movimiento. Imperceptible casi, pero lo hubo. Alguien accionó unos cierres bien engrasados, casi silenciosos. Se abrió la puertecilla metálica. Asomó un hombre solamente a medias. Su rostro velado por las sombras del ala inclinada de su sombrero, apenas si fue visible. Pero el fusil ametrallador entre sus manos, tuvo una visibilidad perfecta para todos.

—Ya estamos aquí —dijo el que golpeaba la puerta—. Deja paso, Hank.

—Adelante —invitó el llamado Hank, bajando la ametralladora, no sin antes escudriñar la calle blanca frígida, con una mirada calculadora—. ¿Viene el jefe?

Asintieron todos. E instintivamente, miraron atrás. Al quinto personaje. Al hombre del disfraz truculento y siniestro. Al ocupante del coche fúnebre.

Hank se estremeció. Sus duros ojos fríos evadieron la contemplación del espectro viviente, como si este, de verdad, procediera de ultratumba. Se hizo a un lado. Callada, ordenadamente, penetraron los cinco hombres en el almacén del armenio.

Cruzaron una vasta nave, apenas iluminada ahora por una lejana lámpara colgada de una bóveda altísima. El hombre del fusil ametrallador había accionado un resorte luz para ello. Arriba, en un altillo que recorría todos los muros, tras una barandilla metálica, paseaban dos hombres taciturnos e inmovibles. Dos hombres de oscuro traje cruzado, sombrero gris, y fusil ametrallador bajo la axila derecha.

El lugar, ostensiblemente, estaba muy bien guardado por los hombres de armas dispuestos por alguien. Hubiera sido difícil que alguien llegara hasta allí sin correr riesgos. Muy difícil, por no decir

imposible.

Cruzaron la nave desierta, donde ni el menor asomo de consignación comercial se veía almacenada. Llegaron al otro extremo. No había puertas allí. Pero sí una trapa metálica en el suelo. El primero de los cinco hombres se detuvo allí. Inclínose, hincando una rodilla en tierra. Alzó lentamente la trampa.

—Vamos —indicó. Y al tiempo de hablar, dirigió una instintiva ojeada al hombre del disfraz lúgubre—. Todo está en regla.

Comenzaron o descender. Uno por uno. El último en hacerlo, fue el hombre enmascarado. Cerró la trampa el llamado Hank, al pasar todos ellos. En el almacén, volvió a reinar el silencio, la quietud. Monótonos, prosiguieron sus paseos los pandilleros que montaban allí su guardia.

Abajo, en el subsuelo, los cinco hombres avanzaban por un corredor en sombras, al que había conducido la escalera metálica, de tramos adosados a la pared húmeda del pozo.

El corredor avanzaba hasta un muro donde parecía cerrarse totalmente todo paso. Los sótanos del almacén terminaban allí. Tampoco en toda su extensión se veían fardos o bultos de especie alguna.

El primero de los cinco hombres era el deforme, adiposo personaje del “Cadillac” negro. Él se ocupó, llegado el momento, de tantear el muro frente a sí. En un punto determinado, golpeó, sonando sólidamente sus llamadas. Siguió tanteando y probó de nuevo con igual resultado. La tercera vez, el martilleo de los nudillos pegó en hueco. Sonrió el tipo de rostro de sapo. A su lado, flotó la negra capa del caballero con aire de galán cinematográfico.

Sobre el punto hueco del muro, se practicaron golpes con igual intermitencia que allá arriba. Luego, esperaron.

En alguna parte, al otro lado del muro, se repitieron los golpeteos con igual ritmo e intermitencias. Luego, un silencio. Y, finalmente, en alguna parte, sonó un chasquido.

Las cabezas se desviaron hacia el punto de donde el chasquido procedía. Era a su derecha, en un lugar donde el angosto sótano terminaba también en un sólido muro. Fue un ángulo del suelo el que cedió, deslizándose hacia abajo. Hasta entonces, había parecido simplemente un rectángulo más de cemento. Pero no lo era.

—Las alcantarillas —señaló la voz sorda del hombre alto y

elegante—. Es el paso a los conductos de alcantarillado...

—Sí —sonó una voz ronca, allá atrás. Una voz susurrante, extraña, fría y sin expresión—. Son las alcantarillas. Vamos, señores.

Había hablado el esqueleto humano. Todos asintieron, cambiando una mirada pensativa. Se adentraron en el acceso a las alcantarillas de Chicago.

El recorrido de los túneles de alcantarillado no ofreció ningún aspecto agradable. Los malos olores abundaban, la iluminación era amarillenta y desvaída en algunos tramos, e inexistente en otros, donde una lámpara manejada por el hombre rechoncho, emitía un abanico de débil luz, para conducirles por el camino que bordeaba el agua fangosa, fétida y salpicada de grises bultos en movimiento, ratas de erizado pelo y malévolos ojos brillantes.

Al final del recorrido de un recto túnel, este viraba, haciendo recodo hacia otra serie de túneles. Pero no pasaron de este punto. Los cinco hombres se agruparon bajo un punto determinado. La luz del hombre de cara de sapo barrió el techo de la alcantarilla.

Habían estado esperándoles sin duda. En el techo se deslizó sigilosamente una trampa. Cayó una escala de cuerda. Uno a uno, fueron ascendiendo. Una vez arriba, pronunciaron unas palabras en voz baja, de forma ordenada. Se les dejó pasar a un sótano amplio y bien iluminado. Había allí otros dos hombres armados con fusiles ametralladores “Thompson”.

Les escoltaron hasta una escala en el muro. Subieron por ella. Una trampa más se abrió sobre sus cabezas. La alcanzaron y rebasaron, uno a uno.

Se encontraron en un lugar insólito, comparado con cuanto habían recorrido hasta entonces, desde el local del armenio.

Un salón confortable, amplio y suntuoso. Un salón donde abundaban los espesos cortinajes rojos, los apliques de luz en los muros, de amplios zócalos de madera, el mobiliario era pesado y de buen gusto, y las alfombras de considerable espesor y brillantez.

Una de esas alfombras aparecía enrollada en un punto del salón. Justamente aquel donde se abría la trampa. En cuanto ellos hubieron salido, la alfombra rodó, recuperando su posición habitual sobre la trampa bien ajustada. De su presencia, no quedó el menor rastro, ya que la alfombra cubría la totalidad del suelo de

aquella estancia. Un sillón tapizado de rojo se puso sobre el punto donde se abría la trampa. La normalidad del salón, en ese punto, fue ya absoluta.

—Bienvenidos a mi casa, caballeros —les saludó una voz cordial y tranquila.

Los cinco hombres miraron hacia el extremo de la habitación. Su anfitrión se hallaba sentado en un sillón muy parecido a un trono, especialmente por su altísimo respaldo y el tallado de su dorada madera.

Cualquier personalidad de Wall Street hubiese reconocido en el acto a aquel caballero de ademanes reposados, fríos ojos meditativos y altiva arrogancia. Cualquiera hubiese identificado al hombre de cabellos grises y pétreo rostro de financiero, como a un destacado hombre de Bolsa, uno de los poquísimos que, en pleno *crack* de 1929, salvaron su pellejo dorado de millonario. Era, en suma, el mismo hombre que todos conocían como dueño del lujoso edificio situado de espaldas a la torre del Loop, no lejos de aquel almacén de consignaciones comerciales de nombre armenio.

Pero, ciertamente, nadie hubiera imaginado jamás, que entre un local y otro, pudiera haber tan directa y secreta comunicación. En ese punto, la práctica volvía a estar en rotundo desacuerdo con la teoría, como acostumbraba a suceder en una gran mayoría de casos.

—Siéntense todos ustedes, caballeros —proseguía la voz del financiero—. Me siento particularmente feliz de verles aquí. Supongo que saben para qué vamos a reunirnos esta noche aquí nosotros seis.

—Sí, lo sabemos —afirmó el hombre enmascarado—. Usted va a aportar el dinero para una gran empresa.

—Exacto. Una empresa que estará totalmente en sus manos, caballeros. En manos de ustedes cinco. Yo no volveré a reunirme con ustedes, salvo en circunstancias excepcionales. Tengo el mejor negocio de todos los tiempos, y quiero que ustedes cinco sean los que lo lleven a efecto. Les elegí muy cuidadosamente. Espero no ser defraudado.

—Seguro que no —afirmó el elegante joven de frac y negra capa—. ¿De qué clase de negocio se trata?

El financiero les miró. Sonrió irónicamente. Luego, declaró:

—El *racket*, caballeros. El *racket* organizado.

—¿Qué clase de *racket*? —se interesó el hombre delgado y nervioso, con cierto desencanto en la voz.

—Todos —rio el millonario—. Absolutamente todos.

—No entiendo... —manifestó fríamente el hombre del disfraz de esqueleto—. Capone controla todo el *racket* en realidad. Él, el Sindicato y...

—Precisamente, caballeros. Nosotros vamos a acabar con todos los *gangs*. Vamos a dar jaque mate al Sindicato mismo. En suma: declaramos la guerra al hampa. Y nos apoderamos de todo el *racket* de Chicago. Juego, alcohol, lotería, apuestas... ¡Todo!

—Es un disparate... —jadeó el hombre de rostro de sapo.

—Exacto. Eso pensaría cualquiera. Un gran disparate. Solo que yo tengo un plan. Y resultará, forzosamente. ¡Hay que acabar con las bandas, hundir el Sindicato...! y, ¡elevarnos NOSOTROS como amos de esta ciudad! Ustedes cinco y mi fortuna. Es cuanto hace falta. Solo eso...

CAPÍTULO IV

AQUEL había sido el prólogo de una terrorífica racha de violencia y de sangre.

La ciudad de Chicago se conmovió como en los tiempos mismos de Capone y de las matanzas masivas entre pistoleros de bandas rivales. Era como si el tiempo hubiese retrocedido a los turbulentos días de los “rugientes veinte”. Y, sin embargo, estaban en 1941, casi una veintena de años después de los tiempos en que el crimen regía los destinos de la urbe.

No es que la semilla de los pistoleros se hubiese extinguido totalmente, ni mucho menos. Chicago seguía siendo un emporio para los *gangsters*, y el Sindicato era ya como un tumor activo y eterno, hincado en el corazón de América. Pero ciertamente, nadie recordaba, desde los lejanos días, un alud tan asombroso y virulento de sangre, violencia, matanzas y destrucción.

Lo sorprendente es que eran las pequeñas bandas o las fuertes organizaciones delictivas ya establecidas, las que recibían sobre su carne el impacto extraño e inesperado de aquella violencia desatada.

Apostadores profesionales barridos repentinamente por una visita brutal, en la que una serie de metralletas dejaban en las oficinas prohibidas donde se hacían los contactos telefónicos con los hipódromos de la nación, un reguero de cadáveres acribillados, ensangrentados y patéticos. Muertos a tiros en la calle, o en la explosión súbita de su domicilio. Dirigentes del crimen organizado que volaban en pedazos dentro de su coche, conectado el encendido a una bomba poderosa, o bien el hallazgo de cuerpos sin vida, ejecutados por los más peculiares métodos de los viejos tiempos, sumergidos en las aguas heladas del lago, como único rastro de una tragedia sorda y feroz, cuyo origen todos ignoraban.

El alud de violentos sucesos amenazaba envolver todo Chicago. Los periódicos pedían acción, la gente empezaba a preguntarse si eso no era peor que los japoneses y el Pacífico, o que Hitler y la Alemania nazi. Los políticos locales se tambaleaban en sus cargos, y la policía volvía a ser tan difamada como lo fuera en tiempos dorados del hampa, aunque ahora sin la razón de entonces.

—No podemos hacer nada —se quejaba el Jefe de Policía de Chicago, ante los micrófonos públicos—. No sabemos de dónde vienen los golpes. Ni creo que lo sepan tampoco los propios *gangsters* ejecutados, ni los que sobreviven llenos de terror a ese azote desconocido que ensangrienta las calles...

El hecho de que solamente los pandilleros fuesen las víctimas elegidas por el enemigo misterioso y devastador, tranquilizaba un poco a la opinión pública. Pero los tiroteos en plena calle o las voladuras de edificios o vehículos, siempre provocaban otras víctimas inocentes, entre vecinos, curiosos o transeúntes infortunados.

De cualquier modo, todo constituía un delito criminal, porque incluso los propios delincuentes tenían derecho a la vida, y como máximo a ser juzgados por la Ley y el Orden, no por otros asesinos peores que ellos.

Cuando los acontecimientos empezaron a desbordarse, y las muertes aumentaron en número, empezando a cerrarse garitos, emigrar dirigentes del crimen, y agotándose negocios tan lucrativos como las apuestas o la lotería, la policía local se puso en contacto con el FBI.

Oficialmente, la oficina federal se hizo cargo del caso de acuerdo con las autoridades locales, y Hoover hizo un llamamiento a la población de Chicago, recomendándoles serenidad, y confianza en sus defensores. El FBI resolvería la situación como fuese. Era una promesa de Hoover.

Agentes federales, escogidos especialmente, llegaron a Chicago con prontitud, para investigar el origen de los atentados.

La gente se preguntó si sería, por fin, el desenlace de una pesadilla monstruosa y terrible. Incluso en el mundo del hampa, la noticia de la intervención federal fue bien acogida por sus enemigos naturales e irreconciliables. Cualquier cosa era mejor para ellos que aquel azote brutal y sin misericordia, llegado de Dios

sabía dónde, y con ignorados motivos.

El FBI practicó detenciones, interrogó a pistoleros y otros individuos de los bajos fondos de Chicago, empezando a analizar la situación, en busca de una explicación razonable de los hechos.

Las dificultades empezaron a surgir casi enseguida para los firmes y leales servidores de Hoover y su oficina.

Nadie sabía nada. Nadie había visto nada.

Aparentemente, Chicago era el escenario de la violencia. Pero nadie de su mundo criminal tenía intervención directa en ello, salvo como víctimas propiciatorias.

El FBI, desconcertado, acudió a investigar en otras ciudades. Cincinnati, San Francisco, San Luis, el propio Nueva York...

Tampoco se encontró nada positivo. Al parecer, los posibles asesinos a sueldo que pudiera haber reclutado el enigmático grupo criminal de Chicago, no pertenecían a ciudad alguna. No se echaba en falta a nadie, no había el estilo peculiar de ningún asesino en los hechos perpetrados en la ciudad del lago Michigan. Nada de nada.

El misterio más profundo e inexplicable rodeaba las actividades de los desconocidos asesinos. No había duda de que se trataba de una organización poderosa y rica en medios. Pero los motivos de su limpieza en los bajos fondos, por métodos tan feroces y sanguinarios como los que pudieran utilizar sus víctimas, eran aún una incógnita. Y la identidad de los contratados para ejecutar los designios del nuevo *gang*, el mayor de los enigmas...

Esas noticias no llegaron. Y las que llegaron paulatinamente, poco tenían de alentadoras. O más bien no tenían nada de ello en absoluto...

* * *

—Vea esto, Mason. Lo he recibido esta misma noche...

Ken Mason, de la Oficina Federal de Investigación, tomó lo que el Comisionado Ralph Heywood le tendía.

Era un papel impreso cuidadosamente. Con letra amplia y muy legible.

“Nosotros controlamos ahora la ciudad.
Exigimos obediencia total y entrega sin resistencia

de los negocios ilegales. Toda banda o todo jefe que se niegue a ello, será ejecutado como lo fueron los demás.

“Hemos vencido y somos los más fuertes. No admitimos competidores, que serán barridos inmediatamente. Todos han de obedecer. Hay dinero para todos. Pero también hay balas para muchos.

“Todo el *racket* de esta ciudad nos pertenece. Enviaremos instrucciones a cada *gang*. La respuesta ha de ser afirmativa. O perecer,

“El Grupo.”

El Grupo iba a ser famoso en poco tiempo. Pero aún no lo sabía Ken Mason, aunque lo presintió enseguida al leer aquel mensaje tajante y sin alternativas.

—¿Quién le entregó esto? —preguntó al Comisionado.

—Un importante personaje mezclado con el hampa —confesó el Comisionado Heywood—. Estaba asustado cuando me hizo la confidencia y me dio ese papel. Todos tienen miedo, salvo raras excepciones. Y si esa gente, ese Grupo es tan fuerte como creo, me parece que las excepciones serán barridas, y los demás tendrán que ceder, Mason.

El agente del FBI asintió despacio, profundamente preocupado.

—Sí —manifestó con voz sorda—. Eso es lo que creo yo también...

—Hemos de hacer algo, Mason —gimió el político local, con alarma—. Ya no es cuestión de mantener nuestros cargos públicos, sino de evitar que una organización única y poderosa, sin fisuras, controle la vida ciudadana. Sin rivalidades entre los grupos delictivos, la lucha policial, será mucho más difícil e improductiva.

—Me doy cuenta de la situación, Heywood —confirmó Mason, ceñudo—. Un monopolio totalitario y tiránico del crimen, sería lo peor que podría suceder. Capone tenía enemigos, rivales, descontentos adversos. Se podía luchar contra su imperio con ciertas posibilidades de éxito. Pero si este grupo actual llega a dominar a todo el hampa... la pugna será mil veces peor. Y, como

usted dice, muy posiblemente sin producto positivo alguno.

—¿Tiene alguna idea al respecto, Mason?

—Tengo que informar primeramente a Washington, resolver luego lo más oportuno...

—Bien. Confío en ustedes. Creo que toda la ciudad confía en el FBI para salir de este mar de sangre y de terror...

Mason asintió, preocupado, saliendo de presencia del Comisionado con el documento suscrito por el enigmático, anónimo del Grupo.

Poco después, el informe era transmitido a Washington, D. C. La respuesta de Hoover fue contundente:

“Actúen sin contemplaciones. Busquen cualquier indicio que les lleve a desmembrar ese Grupo anónimo. Lo importante es localizar a un miembro, uno solo, de esa sociedad secreta. Sería el principio del fin. ¡Suerte!,

“Hoover.”

—El principio del fin... —repitió Mason para sí—. Cielos, si eso llegara a ser cierto alguna vez...

No tenía ninguna fe en su labor inmediata. Pero había que llevarla a cabo, y cuanto antes mejor. Avisó telefónicamente a todos y cada uno de los agentes especiales destinados a Chicago.

Efectuaba su última llamada cuando apareció Dave Stuart en la oficina.

Escuchó en silencio sus palabras por el teléfono. Cansadamente, se quitó el sombrero y el abrigo, que tiró sobre una silla, esperando a que su compañero terminase de emitir instrucciones. Mientras tanto, Stuart, agente especial del FBI, como el propio Mason, hojeó la última edición del Tribune.

Cuando Ken terminó, Dave Stuart enarcó las cejas, le sonrió en muda salutación y luego, parsimoniosamente, le tendió el diario.

Mason pudo leer sus grandes titulares, en un alarde tipográfico lleno de sensacionalismo:

“El hampa, asustada. Un monopolio del crimen

en nuestra ciudad. Importantes jefes de los bajos fondos, reunidos en una secreta junta especial, parecen haber acordado la obediencia y sometimiento al nuevo poder criminal.”

—¿Qué te parece, Ken? —masculló Stuart.

—Creo que es la pura verdad. Así están las cosas, Dave.

—Sí, ya te he oído por teléfono... ¿Crees que vamos a conseguir algo?

Mason meneó la cabeza con pesimismo. Su voz tuvo matices de profundo mal humor cuando formuló la respuesta a su compañero:

—Creo que estamos navegando en un mar de oscuridades, Dave. Ni siquiera sabemos por dónde empezar, de modo que, ¿cómo vamos a terminar en alguna parte? No, no creo que consigamos nada.

Stuart suspiró, haciendo una pelota con el periódico, que tiró a la papelera furiosamente. Volvió a recoger su sombrero y su abrigo.

—De cualquier modo, hay que actuar, aunque no sirva para maldita la cosa —masculló—. Voy a obrar por mi cuenta.

—¿Tienes alguna idea, Dave? —se interesó Mason.

Los ojos de Stuart brillaban al volverse hacia su compañero. Habló, tajante, sin poder ocultar su decepción:

—Tengo mil ideas, pero ninguna sirve para gran cosa, como supongo que te ocurre a ti. Estos no son delincuentes habituales, Ken. No son hampones profesionales, estoy seguro. Al menos, no lo es el cerebro que rige esta ambiciosa operación. Ha contratado asesinos traídos de algún lugar que ignoramos, ha montado un muro de silencio y de incógnitas en torno de su organización. No, no nos enfrentamos a simples pandilleros, Ken.

—De sobra lo sé, Dave. Es muy posible que una mente financiera, fría y calculadora, ande detrás de todo este maldito asunto y... ¡Eh, espera!

—¿Ocurre algo? —se interesó Stuart, parándose ya en la salida de la oficina.

—Claro que ocurre —Mason se llegó hasta él, arrancando también del colgador las prendas de abrigo—. Hemos estado caminando hasta ahora por un mal sendero. Tú tienes razón, Dave.

Has dicho una gran verdad. Acabas de dar en el clavo al asegurar que hay personas que no pertenecen al hampa en todo este asunto. Hasta ahora hemos manejado fichas, datos habituales en la lucha contra el crimen organizado. Pero no hemos pensado absolutamente nada para investigar a la gente honorable de la ciudad...

Stuart entornó los ojos. Asintió despacio.

—Sí, eso está bien dicho. La gente honorable, Ken... Alguien muy honorable de Chicago está jugando a los pistoleros y al *racket*. Un juego peligroso y sangriento, en el que arriesga mucho. Pero donde puede ganar mucho también. El monopolio de los negocios sucios en una ciudad como esta, pueden suponer miles de millones de dólares al año...

—Exacto. Una idea así no pudo llevarla a cabo ni el propio Capone, que tenía serios disidentes y antagonistas. Esto ha sido calculado por alguien que ha proyectado un nuevo negocio de envergadura colosal, con la frialdad de un financiero audaz, lúcido e implacable. Si hallamos al hombre que responda a ese retrato, tendremos posiblemente al culpable, al cerebro de la operación.

—Esos datos pueden corresponder a docenas de financieros de Chicago y de cualquier parte del mundo —señaló Stuart lentamente, con cierta desilusión en el tono.

—Sí, conforme. Pero reducimos el campo de operaciones. No es igual indagar, husmear entre cientos de criminales astutos, en el inframundo de esta urbe, que buscar en las altas esferas, hilar fino, tamizar los estudios y observaciones, estudiar el historial de cada financiero poderoso y llegar a tener un grupo reducido de sospechosos.

—¿A qué le llamarías tú “grupo reducido”, Kent?

—A diez, a veinte, pongamos a treinta hombres de las finanzas. Entre ellos debemos buscar, inapelablemente, al culpable de todo esto. O al menos vale la pena intentarlo. ¿Qué me dices, Dave?

—Diablo, Ken, ¿hace falta que diga algo? —refunfuñó Stuart, abriendo la puerta—. Vamos allá, muchacho. La idea ha sido de los dos. No la propaguemos aún a los cuatro vientos. Esperemos a tener algo sobre lo cual trabajar. Y entonces... que Dios nos ayude.

—En eso confío, sobre todas las cosas —suspiró Ken Masón, saliendo ya al corredor con su camarada—. Es posible que, después

de todo, hoy hayamos tenido ya una ayuda providencial con este intercambio de criterios, Dave. Vamos a reunir al alcalde de la ciudad, al Comisionado Heywood, al Jefe de Policía y a algún otro importante ciudadano, para cambiar impresiones sobre esa idea. Pero cuando ya haya algo sobre lo cual ponernos a actuar. ¿Conforme?

—Conforme, Ken...

Y los dos amigos, los dos agentes federales, estrecharon sus manos, en señal de alianza inquebrantable y unidad sólida de criterios frente al misterio que querían desentrañar...

CAPÍTULO V

ESTABAN todos allí.

El alcalde de Chicago, presidiendo la reunión. A sus lados, el Comisionado Heywood, el Jefe de Policía Rolf Mac Guire, la presidenta de Asuntos Civiles de Chicago, doctora Laura Kent, y el jefe de la Asociación de Ciudadanos, comisionado por su ciudad para aquella importante junta secreta, celebrada en las oficinas de la Delegación Metropolitana en Chicago.

Ken Mason y Dave Stuart ocupaban la cabecera opuesta de la mesa frente por frente al alcalde. Se miraron ambos en silencio, al estar todos acomodados, en silenciosa expectación.

—Habla tú, Ken —pidió Dave—. Siempre fuiste mejor charlatán que yo.

Sonrió Mason, y se puso lentamente en pie. Todas las miradas convergieron en él. El agente federal tomó aliento, y comenzó a hablar con sencillez, sin alardes oratorios, yendo directa e incisivamente al grano, al meollo de la cuestión que allí les reunía.

—Doctora Kent; caballeros todos. Supongo que imaginan ya el motivo de esta junta de urgencia, estrictamente confidencial, que hemos dispuesto hoy aquí. La convocatoria tiene una razón contundente y única: combatir al Grupo con efectividad. Destruirle, si ello es posible, en una palabra.

—Eso suena bien, Mason —objetó el alcalde—. Pero, ¿existe medio alguno de conseguirlo, o al menos de intentarlo?

—Existe, señor. Siempre hay un modo de combatir cualquier peligro, cualquier clase de adversario.

—Me gustaría saber cómo en esta precisa ocasión —habló serenamente la doctora Kent, joven y bien parecida, inclinándose hacia el federal.

—Comprendo su curiosidad. Y también sus dudas, su

escepticismo —Mason apoyó ambas manos en la mesa, y continuó, solemne—: Albergan las mismas dudas y vacilaciones que mi amigo Stuart y yo hemos sentido durante estas últimas semanas.

—Semanas harto difíciles para la ciudad, Mason —le interrumpió Heywood—. El crimen organizado lo está ahora más que nunca. El Monopolio es un hecho. Los *gangs* han cedido y trabajan para un amo secreto. Le liquidan sus beneficios en forma que ignoramos, pero siempre sin contacto directo con el Grupo. Nadie quiere hablar, pero tampoco creo que tengan nada que decir. Se calcula que en las tres semanas que llevan de actividad efectiva, el Grupo ha debido recaudar mil millones de dólares. Es el negocio más fabuloso e increíble que jamás existió.

—Espere, Heywood. Sabemos todo eso. No ignoráramos hecho alguno, y seguimos paso a paso el curso de los acontecimientos. Pero nosotros no hemos pensado en combatir a los del Grupo como combatíamos a los pandilleros vulgares. Simplemente, amigos míos, queremos atacar a la cabeza de ese cuerpo canceroso que ha surgido de repente. Si cortamos esa cabeza, el cuerpo morirá inevitablemente...

—Ni siquiera tenemos idea de cómo está formado ese maldito Grupo —rechazó el alcalde, sombrío—. ¿Cómo atacar la cabeza de un cuerpo invisible?

—A eso voy, señor —Mason hizo una pausa, se inclinó hacia adelante y puso mayor énfasis en sus palabras a partir de ese momento—. En suma, señores, al no encararnos a gente vulgar ni hampones profesionales, cabe suponer que existe un grupo o asociación de personas escogidas, que rigen la organización, y que cumplen las ideas de un solo cerebro rector, un hombre capacitado, frío implacable, inmensamente rico, lo suficiente para financiar la recluta de pistoleros extranjeros...

—¿Extranjeros? —se asombró la doctora Laura Kent, pestañeando.

—Eso es, doctora —Mason se volvió hacia ella—. Extranjeros; es la solución lógica. No hay pistoleros americanos enrolados en esa asociación. Lo hemos comprobado en toda la geografía nacional. Por tanto, cuentan con gente llegada de fuera, posiblemente de América Central, de Sudamérica, de muchos lugares que puedan proporcionar gente que, una vez aquí, no llamen la atención y

finjan tener un trabajo honrado. Para todo eso hace falta dinero, mucho dinero... Por eso mi teoría: un financiero, un millonario habituado a jugar fuerte. Sin miedo a ganar o a perder. Un hombre importante en la Bolsa, en la Banca, en los negocios donde se manejan millones...

—Eso es muy atrevido, Mason —observó Laura Kent, pensativa, apoyando un lápiz en su barbilla. Los ojos, bonitos y muy verdes, se fijaron en el joven federal con simpatía, pero también con muchas dudas—. Llevar adelante una investigación entre los millonarios, los financieros poderosos de Chicago... sería un escándalo enorme, con malas consecuencias para nosotros, para el FBI...

—La doctora tiene razón —señaló el Comisionado Heywood—. La gente de esa categoría pone el grito en el cielo si ve a un policía a dos pasos de él. Sería un escándalo...

—Cualquier cosa es mejor que dejar que ellos sigan campando por sus respetos, Comisionado.

—Opino como Mason —intervino Shelby Samuels, el Jefe de la Asociación de Ciudadanos—. Hay que hacer algo, lo que sea. Y la idea me parece buena. No tiene esto el aspecto de ser manejado por hampones, ciertamente.

—Gracias, Samuels —sonrió Mason—. Espero convencerles de algo. Nosotros no les pedimos permiso para investigar sobre los financieros de esta ciudad. En realidad lo hemos hecho ya.

—¿Cómo? —saltó Heywood sorprendido.

—Lo que dije, Comisionado. Hemos investigado en ese terreno muy a fondo. Hemos descartado a mucha gente rica, porque los datos que poseemos son que se trata de personas débiles, poco ambiciosas o muy aburguesadas. Todo eso no encaja en mi idea del asunto.

—¿Qué clase de millonario buscan? —se interesó Shelby Samuels—. Yo lo soy y...

—No, usted no está en la lista —rio Mason—. Ni el Comisionado, ni el Alcalde... Sé que todos ustedes tienen fortuna personal, pero yo busco un hombre audaz, frío, ambicioso. Un financiero, en suma. Un hombre habituado a jugarlo todo al azar en la Bolsa, guiado por su instinto.

—Aun así, el terreno es amplio... —comentó el alcalde, pensativo.

—No tanto como parece, señor. Hay financieros tímidos, financieros poco atrevidos en sus métodos, otros que fracasan al jugar en la Bolsa... Ninguno de esos nos sirven. Son los otros, el grupo excepcional, poderoso, las aves de presa de la Banca...

—Concretando, Mason. ¿Qué ha podido encontrar? —se interesó vivamente Shelby Samuels—. ¿Cree tener al culpable ideal?

—Eso es lo malo —rio Masón—. Tengo tres culpables ideales.

—¿Tres? —farfulló atónito Heywood.

—Tres financieros de Chicago responden a la imagen psicológica que me tracé. Stuart y yo hemos seleccionado definitivamente a esos tres hombres. Ellos son: Henry F. Benton, el magnate de los mataderos. Clifton Mac Duff, uno de los pocos que sacaron adelante su fortuna en 1929 y en todos los grandes *cracks* financieros conocidos. Lo mismo que Nathan Wymore, de la Banca Wymore Continental.

—Son tres peces gordos —silbó entre dientes el alcalde—. Tres colosos de las finanzas, Mason...

—Lo sabemos. Tres auténticas aves de presa sin conciencia ni miedo a nada. Tres ambiciosos sin límites, ávidos de poder, de más millones, de dominio sobre los demás... Ellos encajan, alcalde. Estoy seguro de que uno de esos tres hombres es el jefe del Grupo.

—Cielos, Mason... —la doctora Kent no separaba sus ojos de él ni un momento—. Empiezo a estar de acuerdo con usted en todo. Creo que nadie como cualquiera de esos hombres para dirigir este vasto plan delictivo. Debe sentirse, quienquiera que sea, como un auténtico zar, el emperador del crimen y del terror.

—Sí, esa creo que es la situación, doctora —asintió Ken Mason, gratamente sorprendido por la dulce expresión inteligente que ella ponía en sus ojos al contemplarle, con evidente interés. De nuevo Mason observó de pasada que el rostro de la joven doctora Kent, la Presidenta de Asuntos Civiles de Chicago, era muy bonito y atractivo. Y que su figura esbelta tenía una envidiable armonía llena de femineidad... Carraspeó apartando esos pensamientos de sí, para seguir concentrado en el tema que les había reunido en aquella asamblea secreta—. Y voy a añadir algo más: creo, sinceramente, que existe un medio de llegar al fondo del asunto. Creo que podemos asustar a nuestro hombre, que podemos

preocuparle lo bastante para que su serenidad y sangre fría se alteren, y pueda llegar a cometer un error, a dar un paso en falso. Uno solo, que le pondría al borde del desastre... o le hundiría definitivamente en él.

—¿Cuál es ese medio, Mason? —se interesó vivamente Heywood, inclinándose sobre la mesa.

Ken sonrió, enigmático, y cruzó una mirada de astucia con Stuart, su compañero.

—Eso forma parte de mi secreto personal, señores —concluyó Ken con tono grave—. No quiero que trascienda absolutamente a nadie todavía. Pero tengo mi propia idea para acorralar a nuestro adversario, para inquietarle, quienquiera que él sea... Pero por el momento, es algo que el FBI ha señalado como estrictamente secreto. No puedo revelarlo.

—Tenga cuidado, Mason —advirtió el alcalde, preocupado—. Puede complicarse la vida con esos colosos de la Bolsa. Y complicársela a mucha gente... Incluso puede causar un grave daño al FBI, si es usted quien comete el error.

—Lo sé, señor. Sé a lo que me arriesgo con gente como ellos. Pero tengo fe en nuestro modo de luchar. Y al menos ahora, por primera vez, creo que tenemos algo con lo que empezar. Dios quiera que terminemos también.

CAPÍTULO VI

“SE terminó su juego. Sabemos la verdad. Aún está a tiempo de entregarse y terminar la aventura dignamente. Dentro de veinticuatro horas será arrestado como jefe del Grupo”.

“Un amigo de la policía.”

El magnate se quedó rígido, contemplando el texto escrito. Palideció intensamente y cayó de sus manos el papel.

No se explicaba cómo podía saber alguien eso. No comprendía lo que estaba sucediendo, pero sí entendía algo muy claramente: le advertían para que pusiera un final sin escándalo a su aventura delirante de zar del crimen.

—¿Cómo? —jadeó—. ¿Cómo pudiera saber...?

Golpeó furiosamente su escritorio. Volvió a leer la nota. No sabía su origen, pero el que le había escrito sabía lo suficiente sobre él. Sabía que era el jefe del Grupo.

Reflexionaba con intensidad, preguntándose qué hacer, cómo salir de todo aquello. Medios le sobraban para ello. El extranjero, su fortuna personal...

Sí, podía hacerlo. Podía traicionar a sus aliados, a los cinco del grupo secreto, a sus socios directos, a los jefes de sus respectivos departamentos en la organización.

Ellos se quedarían en Chicago. Sin él, serían fácilmente barridos. Él tenía el total del dinero obtenido en aquellas pocas semanas de actividad. No había esperado que su imperio durase tan escaso tiempo, pero era mejor saberlo oportunamente, tener ocasión de huir al arresto, a la ejecución...

El magnate dispuso su fuga, su evasión a la ley. En pocos minutos tendría resuelto ese problema. Pasaje a Brasil, dinero en

Bancos extranjeros, la impunidad.

El magnate no podía saber que, en ese mismo momento, otros dos financieros de Chicago, tan importantes como él mismo, recibían el mismo mensaje enigmático y amenazador, y se dedicaban a maldecir, irritados por la pesada broma de que eran objeto.

Solo uno de los tres idénticos mensajes había encontrado su destinatario. Y eso lo sabían perfectamente Mason y Stuart cuando enviaron por triplicado la advertencia capaz de hacer perder la serenidad a su anónimo adversario, obligándole a dar el esperado paso en falso.

* * *

El cadáver de Nathan Wymore, el famoso financiero de Chicago, fue hallado dentro de su coche, cosido a balazos, cerca del aeropuerto de la ciudad, en una cuneta.

Sobre él, diversos resguardos de cuantiosas sumas ingresadas en Bancos extranjeros a nombres supuestos, y un pasaje de avión para Río de Janeiro.

Le habían acribillado a bocajarro, con un fusil ametrallador, en el punto más solitario de la ruta entre la ciudad y su aeropuerto. La sangre empapaba sus ropas y corría ya seca por su rostro. Debió permanecer en aquel punto durante toda la noche. El avión para Río tenía su salida a las once. Desde poco antes, el cuerpo del millonario estuvo oculto a los vehículos que circulaban por la autopista, tapado por unos setos de la cuneta.

Dave Stuart dio el informe a Ken Mason:

—Lo siento, Ken. Nuestro hombre cayó.

—¿Eh?

—Nathan Wymore. Era él. Lo perdí de vista anoche, al seguirle. Debió darse cuenta, y se escabulló. Ha aparecido. Muerto.

—¿Se suicidó?

—Nadie se suicida con un fusil ametrallador. Le barrieron, Ken. Es una criba horrible. Está cerca del aeropuerto. Huía hacia Brasil.

—Era él quien dirigía el Grupo. Y sin embargo, le mataron.

—Sí, Ken. Eso nos vuelve a meter en un callejón sin salida, ¿no es cierto?

—Sí es cierto —confirmó roncamente Mason—. Wymore ha sido ejecutado cuando intentaba escapar... Eso parece indicar que los demás miembros del Grupo se dieron cuenta de algo, sospecharon que su jefe les abandonaba... y resolvieron ejecutarle.

—Es una actitud extraña esa. Si iba a escapar, ellos no perdían nada...

—Posiblemente sí. Wymore ha muerto. Y hay alguien en ese grupo que tampoco es nada tonto. Tiene ambiciones, quiere substituir al zar aniquilado. Es posible que Wymore, incluso desde el extranjero, hubiere seguido dirigiendo su grupo, controlando sus actos. Y lo que es más importante, sus ingresos, su fortuna. El Grupo no necesita de su jefe para nada, ya que él puso la idea y el dinero inicial. Ahora ya no era necesario, El Grupo puede continuar solo, si hay entre sus componentes alguien lo suficientemente listo y despiadado para cubrir la vacante del trono de Wymore.

—Cielos, Ken. Eso significa... volver a empezar.

—Sí, Dave. Y, lo que es peor, esta vez no creo que podamos enfrentarnos con magnates ni financieros. Esta vez, ni siquiera tenemos idea de quiénes puedan ser los componentes de ese Grupo, los lugartenientes directos de Wymore, sus aliados y colaboradores en el gigantesco plan del monopolio criminal en Chicago.

—Eso es lo peor, Ken. Sentirse otra vez dando palos de ciego en la oscuridad. Los cómplices de Wymore pueden ser pistoleros auténticos, estafadores, gente aparentemente honesta, otros millonarios menos importantes que su jefe... En fin, pueden ser cualquier cosa. Pero no sabemos el qué.

—De todos modos, algo hemos logrado. Cortamos la cabeza a la serpiente.

—Y tal vez le creció otra...

—Es muy posible. Pero esa cabeza no puede ser tan astuta como la anterior. Puede cometer errores. Nuevos errores que nos den un indicio, una nueva luz.

—Ojalá sea así, Ken. Tengo miedo de que este asunto se nos vaya de entre las manos... y jamás encontraremos la solución.

—No, eso no. Ten fe, Dave, como la tuviste antes. Acertamos de lleno una vez. Podemos acertar otra. Solo falta ese error de uno cualquiera de los demás. Especialmente, si quien ha pensado en suceder a Wymore se hace con el mando del Grupo, como

sospecho. Confiemos en que la inteligencia de ese suceso, no está a la altura de las circunstancias.

* * *

Ken Mason se equivocó.

La inteligencia del que había sucedido a Wymore estuvo a la altura de las circunstancias.

Si cabe, habían perdido un jefe para ganar otro más despiadado, ambicioso y eficiente que el anterior. El monopolio arreció en sus métodos de control y de precisión en toda clase de *rackets*. Jamás circularon tantas drogas y estupefacientes por Chicago que en las semanas siguientes al trágico fin de Nathan Wymore en la carretera del aeropuerto.

Los últimos cálculos, daban al monopolio un beneficio neto de cien millones a la semana. El río de oro no cesaba. Y amenazaba continuar, ahogando a la ciudad en la abyección.

Una redada en fumaderos de opio y marihuana, llevada a cabo por el FBI, reveló que la urbe estaba minada de antros de esa condición, y que el número de adictos aumentaba en forma alarmante.

Los porcentajes cobrados por protección de negocios, subían como la espuma. Y aunque el FBI logró el arresto de una serie de centroamericanos, aparentemente contratados como músicos, empleados de diversas empresas y toda clase de pretextos legales para encubrir su condición, el Grupo siguió actuando, sin duda con nuevos reclutas de pistoleros profesionales traídos de todas las partes del mundo a peso de oro.

Nadie sabía nada al ser interrogado. El Grupo era secreto, nadie llegaba a ellos, excepto para ver a un personaje extraño, con rostro de calavera, una máscara dantesca que ocultaba la personalidad del enlace entre ellos y el Grupo. En eso coincidieron una serie de pistoleros arrestados, así como en la descripción del cuartel general, un caserón en las proximidades del lago, hacia su parte noroeste.

Hallado el caserón, fue revisado a fondo. El Grupo lo había abandonado definitivamente, antes de llegar la policía. No pudieron hallar indicio alguno que les ayudara.

Y el *gang* secreto, la creación siniestra de Wymore, el magnate de las finanzas, siguió adelante, con mayor audacia cada día, con mayores ingresos que nunca, y siempre violenta, implacablemente fuerte, dominando a todo el hampa y aumentando así, gradualmente, la desesperanza de la ciudad, de sus autoridades, del FBI mismo, con Hoover a la cabeza.

Así siguieron siendo las cosas, hasta aquel día primaveral del mes de mayo de 1941.

Entonces llegó el principio del fin. O de algo que jamás tendría un auténtico final...

* * *

—¿Qué te ocurre, Ken?

—¿Qué quieres que me ocurra, Laura? Ese maldito asunto...

—¿Todavía piensas en ello, Ken? —Laura Kent, la doctora de la sección de Medicina Legal de la Policía de Chicago, y presidenta de la Comisión de Asuntos Cívicos, sonrió, acariciando el cabello del joven federal—. No des más vueltas al asunto. Parece no tener remedio, querido.

—Tiene que haber una solución, Laura. No es posible que arrancáramos la cabeza al monstruo... y le hayan crecido otras mil en su lugar.

—No es nada de eso, y lo sabes. Sencillamente, los demás siguen adelante, porque el primer impulso se lo dio Wymore y ahora se han independizado los socios, sin necesidad de su jefe. Eso es lo que ocurre, simple y llanamente.

—Pero si hubiera un indicio, una pista... —susurró Ken, irritado.

—¿Nunca dejarás de pensar en todo eso?

—Me temo que nunca, Laura. Es como una obsesión. Llevamos casi medio año en Chicago. Y ¿qué hemos resuelto? Absolutamente nada. El monopolio triunfa, se enriquece fabulosamente... y nosotros permanecemos conscientes de nuestro fracaso, avergonzados ante la opinión pública y ante nosotros mismos.

Laura Kent no respondió enseguida a las quejas de su compañero. Se limitó a contemplarle con expresión pesarosa. Sufría oyendo hablar al joven agente.

A veces, a la doctora Kent le resultaba casi increíble que la relación fría y casi profesional establecida con Ken Mason en las asambleas secretas del Consejo Cívico hubieran terminado en esto. Paulatinamente, entre ambos nació aquella mutua simpatía, aquel contacto continuado, y lo que en principio fueron simples cambios de impresiones sobre temas relativos a la ciudad, a sus expoliadores anónimos y a otras cuestiones similares, terminó siendo un paseo, una cena juntos, un baile, un estreno teatral... Ahora, era más. Mucho más.

Ahora, Laura sabía que amaba a Ken Mason. Y que él correspondía a ese amor, aunque siempre con la sombra del Grupo y su diabólica impunidad interponiéndose entre ambos...

—Ken, ¿por qué no tratas de pensar en otra cosa? —le sugirió, tras la pausa durante la cual meditó Laura Kent sobre todas esas cuestiones tan penosas para una mujer enamorada por vez primera—. No resuelves nada torturándote... Y no es justo que seamos infortunados por culpa de esa gente. Creo que la solución sería tan simple...

—¿Solución? —Ken alzó la cabeza, mirando pensativo a Laura—. ¿Cuál, cariño?

Ella inclinó la cabeza. Su murmullo llegó a Mason:

—Solicitar que te trasladen, salir ambos de aquí, de Chicago. Ir lejos, adonde no nos persiga la sombra de esa organización, de tu trabajo, de tu obsesión en este caso...

—No, Laura —rechazó él vivamente—. Eso no es una solución. Vaya adonde vaya, siempre me perseguiría la consciencia de mi fracaso, del fracaso de quienes confiaron en mí...

—¿De modo que no hay solución posible? ¿Hemos de vivir siempre ligados a esa obsesión tuya, Ken?

—Me temo que sea inevitable, a menos que algún día pueda aniquilar a ese Grupo, Laura. Pero es muy difícil, muy difícil. No hay fisuras, no hay nada que nos sirva de punto de partida ya... —hizo una pausa. La miró. Dolorosamente, como si de pronto se diera cuenta de lo que ella sufría con todo eso. Impulsivo, se inclinó hacia ella, la rodeó con sus brazos—. Oh, perdona. Creo que te hago muy desgraciada, Laura.

—No, eso no —rechazó ella, con ojos húmedos—. Es solamente que... que quisiera verme libre de esa maldición, verte a ti risueño,

feliz a mi lado.

—Lo intento, créeme. Solo tú puedes endulzar mis horas, aliviar mis fatigas y pensamientos, Laura. Por eso es injusto que te haga partícipe de tantos quebraderos de cabeza, de tantas preocupaciones insensatas.

—Tonto —musitó ella, sonriendo feliz—. Solo con tenerte a mi lado unos momentos, todo queda compensado. Todo.

Se acercaron sus rostros. Se unieron sus labios. El beso fue largo, cálido, lleno de limpia pasión mutua.

Al separarse, Ken Mason entornó sus ojos. Susurró entre dientes:

—Te amo, Laura. Te amo como jamás podría amar a nadie más... ¿Quieres ser mi esposa?

—¡Ken! —se estremeció ella—. ¿De... de veras hablas en serio? ¿No bromeas?

—Jamás bromearía con algo así. Y menos contigo, cariño.

Laura respondió con un gemido. Volvieron a unirse sus labios. Era la mejor respuesta.

Y Ken la entendió perfectamente, en todo su exacto sentido.

* * *

Fue un día afortunado para Ken Mason.

Primero, había obtenido la respuesta muda, afirmativa, de Laura Kent. La joven doctora de Chicago aceptaba ser su mujer. Iban a casarse. A iniciar una vida nueva, que acaso sería el mejor olvido para el asunto sin solución, pensaba Mason.

Después, aquella misma madrugada, le llegó la insólita noticia por teléfono:

—Ken, hemos hallado cuatro cuerpos acribillados a balazos —habló excitadamente Dave Stuart por el hilo telefónico—. En una trastienda secreta, en el almacén de un tal Agadian, que ni siquiera existe. Justo detrás de la que fue una de las residencias suntuosas, propiedad de Nathan Wymore.

—Sigue, sigue —le apremió febrilmente Masón.

—Ken, en ese lugar hemos encontrado los cuerpos. Alguien oyó los disparos desde la calle. Ráfagas de ametralladora repetidas, violentas... Avisó por teléfono al jefe de policía Mac Guire, y él nos avisó a su vez a nosotros.

—¿Quiénes son los muertos?

—Muertos, solamente hay tres: Gentleman Talbot, Big Murphy y Harrison Smithers. Tres delincuentes astutos, feroces y violentos como pocos. El cuarto vive.

—¿Vive?

—Sí, pero no durará mucho tiempo. Tiene cosidos a tiros los pulmones y el vientre. Vive de puro milagro. Está hablando cosas incoherentes, y otras que no lo son tanto. Tenemos una cinta magnetofónica en funcionamiento para captar cuanto diga, Ken. Se trata de un tal Carter Rowland, también delincuente conocido, pero que siempre fue sumamente listo y audaz.

—Cuatro grandes del crimen, ¿eh?

—Sí, Ken. Y, lo que es más importante, ¿sabes lo que ha declarado en principio el moribundo Rowland?

—No tengo idea.

—Dijo: “Nos... traicionó... la Calavera. Nos asesinó a... todos. Lo hizo ese maldito enmascarado... para quedarse con todo. Aniquiló al... Grupo...”

—El Grupo... La máscara de Calavera... —exaltado, Ken se puso en pie—. Lo suponía... Lo imaginé en cuanto me explicaste toda esa matanza.

—Sí, Ken. La Calavera se ve que es el jefe del Grupo. Y, finalmente, ha resuelto aniquilar a sus aliados, para quedarse con todo él solo... Creo que ese enmascarado era el sucesor de Wymore.

—¿Lo crees tan solo? ¡Yo estoy plenamente seguro! Ahora mismo voy para allá.

CAPÍTULO VII

CARTER ROWLAND murió solamente diez minutos después de llegar Ken Mason al hospital donde había sido internado. El cuarto hombre del Grupo eliminado brutalmente por la Calavera, había ido a reunirse con sus compinches en lo más profundo del infierno, a juicio de Dave Stuart.

Ken Mason escuchó atentamente lo grabado en la cinta magnetofónica. Eran los delirios de un hombre devorado por el dolor, la fiebre y la agonía, y la exasperación del que se siente traicionado y destruido por aquel en quien más confió.

Había muchos párrafos incongruentes. La mayoría de lo grabado, en realidad. Pero de vez en cuando, como un chispazo de lucidez, brillaba la verdad en los labios del moribundo:

“La Calavera nos engañó a todos... Él suicidó al millonario... y luego, cuando había que repartir el botín, la gran fortuna del Grupo... terminó salvajemente con todos nosotros... Maldito... enmascarado... ¿Por qué nunca... enseñó su cara? ¿Por qué el hijo de perra ocultó a todos su identidad...? ¿Por qué?”

Otro párrafo, más adelante, despertó la atención de Ken. Y le hizo volverse hacia Stuart, con vivacidad. Ambos agentes se pusieron en tensión al captar la voz de Carter Rowland, mencionando aquel punto de su historia, entre balbuceos de agonizante:

“El dinero... Todo el dinero en... en efectivo... Nada de Bancos, ni cheques... Montañas de... dinero. Miles de millones... en billetes de Banco legales... El dinero. Tengo que coger mi parte... Tengo que ir a por él... a la vieja barcaza del lago... Tengo que ir a la barcaza, frente al embarcadero hundido...”

Seguían nuevas incongruencias sin sentido aparente. Ken Mason pegó un respingo, apoyando una mano firme en el brazo de Stuart.

—Una barcaza... ¡Una barcaza en el lago... frente a un embarcadero hundido! ¿Oíste eso, Stuart?

—Claro que lo oí, por todos los diablos —brillaban como carbones encendidos los ojos del federal—. Dinero en efectivo. Los millones del Grupo, Ken. Puede ser un delirio de ese pobre individuo, pero puede ser también la verdad... Es posible que fuesen a repartir allá, cuando el jefe del grupo eliminó a sus compinches... El otro fragmento de esa cinta grabada, menciona que ellos eran cinco. Solamente cinco y el jefe Wymore. Muerto el financiero, quedaron los cinco. Y ahora, solo queda uno.

—La Calavera... El hombre de la máscara fúnebre... El que mencionaron como enlace del Grupo los diversos pistoleros capturados hasta hoy.

—Sí, Ken —echó a andar Stuart hacia la puerta—. ¿Vienes al lago Michigan? Voy a buscar esa barcaza hasta el mismo infierno, si es preciso.

—Vamos allá. Dividiremos nuestras fuerzas. El que halle el embarcadero hundido y la barcaza, avisará a los demás por radioteléfono, ¡en marcha!

* * *

Fue a Dave Stuart a quien tocó en suerte descubrir el embarcadero. Y la barcaza. Si es que aquello pudo ser llamado suerte.

El grupo de federales armados que capitaneaba Stuart, lago arriba, en tanto Ken Mason dirigía otro grupo por el litoral inferior, se detuvo frente a las maderas hundidas y putrefactas de un viejo embarcadero inservible. Más allá, en las aguas del lago, como olvidada por todos, flotaba una barcaza anclada, fea y oscura, como otra ruina más del antiguo lugar de placer, ya en desuso.

Stuart hizo esperar a los agentes en la orilla, cubriéndole con sus armas. Él y otro oficial se lanzaron al agua, que allí cubría solamente hasta la cintura. Más adelante, nadaron hasta la barcaza, y subieron a bordo de ella.

Los demás federales les vieron desaparecer por una trampa de la cubierta ennegrecida por el abandono. Esperaron unos momentos.

De súbito, una formidable explosión sacudió la embarcación, el

lago mismo, las tablas del embarcadero viejo, que se resquebrajaron y hundieron, agitadas por las aguas revueltas.

La barcaza, en medio de una terrible llamarada, se abrió en dos, desgajada, hecha astillas podridas, levantando en el aire un alud compuesto de humo, llamaradas, una cantidad inaudita de pequeñas hojitas verdes, rectangulares, muchas de ellas ardiendo como cenizas y pavesas... Y cuerpos humanos. Dos cuerpos humanos, disparados al aire por la onda explosiva.

Los federales se lanzaron precipitadamente al rescate de los cuerpos que flotaban en medio de las aguas, el fuego que lamía las tablas de la vieja barcaza yéndose a pique, los miles y miles de verdes papelitos flotando junto a los cuerpos y el combustible que formaba sobre el Michigan una especie de mancha amplia, lamida por las llamas.

Hallaron y rescataron ambos cuerpos. El federal que acompañaba a Dave, malherido, y abrasado, pero con vida aún.

Dave Stuart, el amigo de Ken Mason, su directo camarada y colaborador, no tuvo tanta fortuna. Estaba muerto. Su cuerpo, flotando por el lago, era una forma negruzca y desgarradora, triturada por la explosión.

* * *

—Muerto... Dave ha muerto.

—Sí, Ken. Lo siento muy de veras —manifestó el inspector federal Brown—. No podíamos hacer nada por él. Ya salió muerto de allí, al reventar la maldita barcaza.

—¿Cómo pudo suceder? —casi sollozó Ken, lívido y crispado.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero el compañero de Dave, el agente Clark, que también subió a bordo, ha hecho algunas declaraciones antes de perder el conocimiento en el hospital.

—¿Qué ha dicho él?

—Solo contó que al llegar arriba, a la barcaza, Dave descubrió una escotilla en la sucia cubierta. Descendieron al interior... Allí, estupefactos, se encontraron en una auténtica cámara del tesoro. Miles de billetes, quizá millones, se apilaban en enormes bloques en una parte muy amplia de la barcaza. También dice Clark que había arrojado en el suelo un disfraz. Una malla, una máscara de goma

con rostro de Calavera. Avanzaron hacia el dinero, sin ver a nadie a bordo. De repente, Dave pisó algo, lo que parecía una tabla mal ajustada. Y el infierno se desató a bordo.

—Entiendo... Un resorte bajo la tabla vacilante... Y el que subiera a bordo, ponía en acción la carga explosiva... —la voz sorda de Ken tuvo matices desgarradores, dolorosos.

—Sí, eso debió ocurrir... Se han recuperado muchos billetes, parte de ese disfraz grotesco... Solo hemos perdido lo más valioso, Ken; la vida de Dave Stuart, nuestro amigo...

Ken se incorporó lentamente. Encajó las mandíbulas, con helada y lúcida mirada.

—Sí, inspector. Y entretanto, una fiera, un monstruo maldito, que solo ha perdido su dinero amasado en sangre, sigue vivo, en alguna parte. Acaso le veamos cientos de veces sin saber que, bajo esa máscara de muerte, fue el asesino de Stuart, como lo fue de tantos otros... Y posiblemente ahora, ya borrados todos los rastros, ya sin el Grupo ni nada a quien seguir el rastro, ese maldito criminal se libre del castigo, se mantenga para siempre en la impunidad más absoluta...

—Ken, tal vez logremos echarle la mano encima, después de todo.

—No, inspector. Tengo el presentimiento de que esa pirotecnia criminal montada en la barcaza por si alguien descubría su tesoro, lo borra todo. Absolutamente todo. ¿Qué os queda de la Calavera? Su máscara... y nada más. Ha perdido la partida, porque perdió el botín que ha costado tanta sangre. Pero sigue con vida. Un privilegio que Dave no pudo gozar.

—Ken, no podemos hacer nada por Stuart ya. Solo tratar de olvidar.

—Olvidar... Sí. Olvidar tantas cosas horribles... —susurró Ken, cubriéndose el rostro con las manos—. Olvidarlas quizá durante toda una vida... No, creo que eso será demasiado. No creo que nadie pueda olvidar durante tanto tiempo.

El inspector Brown no dijo nada. Dejó a Ken Mason solo, para que posiblemente llorase por el amigo muerto. Para que nadie fuera testigo de su amargura, de su gran fracaso final.

Del fracaso del FBI.

CAPÍTULO VIII

BRODERICK SCOTT cerró el *dossier*.

Allí terminaba la historia. Toda la historia.

Una extraña, sorprendente historia de sangre y de horror. Un viejo relato con olor a rancio, con aroma a cosa vieja, que casi hacía amarillear los folios del expediente archivado y olvidado.

Acaso aquello era un final. Un final con holocausto: definitivo, en una barcaza en el lago, en epílogo lejano, que no admitía nuevas soluciones. Acaso. Pero eso no era definitivo. Un hombre. Ken Mason, un federal de veinte años atrás, había quedado con la amargura de ver desaparecer a su mejor amigo, el también federal, Dave Stuart.

La fortuna motivó que todo aquello, se había perdido para el culpable. Pero este nunca apareció. Se perdió en el pasado, como si nunca hubiese existido. Uro máscara, un rostro dantesco, una incógnita viviente y nada más.

Nada más.

Se levantó Scott con un suspiro. Paseó por el despacho desierto, silencioso. Preguntóse si era posible que hubiera quedado en el fondo del lago el cuerpo de un criminal diabólico y astuto, como auténtico final del drama.

Su respuesta no podía ser afirmativa. Aquel monstruo había desaparecido, quizá para siempre. Pero no había muerto.

El dinero que lo motivó todo, no había sido finalmente para él. En eso, el azar jugó en contra suya. O planeó las cosas de tal modo, que confiaba en recuperar después su tesoro en billetes, y la cosa resultó mal. Millones de dólares habían vuelto a las arcas del tesoro.

Un camino de sangre y de crueldad, había resultado ridículamente inútil, en una paradoja horrible y macabra. El crimen

jamás obtuvo su premio. Pero el criminal continuaba libre, viviendo en parte alguna, sufriendo acaso el recuerdo de una pérdida irreparable: la del botín que había movido los hilos todos de la trama.

—Es un difícil caso —se dijo Broderick a sí mismo, pensativo—. Muy difícil... Creo que continuará sin resolver durante siglos, a no ser que ocurra un milagro.

Luego, entornó los ojos, meditando. Recordó cada parte del relato que había reconstruido su imaginación sobre los folios y documentos del *dossier* rojo. Finalmente, tomó una decisión.

Se inclinó sobre la mesa. Arrancó una hoja de su agenda.

Escribió con rapidez, nerviosamente, trazando unas líneas. Luego, las releyó. Satisfecho, firmó debajo, y dejó en lugar bien visible el papel escrito.

Tomó su americana y se encaminó resueltamente a la salida de la oficina. Poco después, la puerta se cerraba tras él.

El texto que dejara escrito sobre el papel, era breve y expresivo:

“Sr. LEWIS CARLETON, Inspector-Instrucción Federal:

”Me ausento unas fechas. Tengo algo que hacer, relacionado con el *dossier* escarlata.

“Espero no faltar a su confianza. Yo trataré de resolver el misterio. Palabra que lo intentaré, aunque sé que no es fácil.

”Un saludo. Hasta pronto,

“Rick Scott”

Broderick no sabía que aquel texto iba a servir de motivo de estupor sin límites al inspector. Y de regocijo y diversión a sus compañeros, Kern y Jansen principalmente.

La novatada había surtido su efecto. Tal vez incluso con demasiada intensidad. Kern y Jansen empezaron a arrepentirse del juego cuando leyeron esa nota. Y en especial, cuando el Inspector Instructor Carleton les llamó a su despacho.

Entretanto, nadie sabía dónde podía estar Broderick Scott, el novel agente del FBI, víctima de la más pesada broma que los

veteranos podían hacer a un recién llegado de Quantico.

* * *

—¿Ha dicho que su nombre es...?

—Scott. Broderick Scott. Llámeme Rick. Me gusta más.

—Bien, Rick... —le contempló su interlocutor, pensativo, con expresión indefinible—. ¿A qué debo el honor le esta visita?

—Alguien me dijo que somos colegas usted y yo, señor.

—Cierto. Lo fuimos una vez. Ya no. Estoy retirado. Vivo al margen del FBI y de cualquier cuestión relativa a él, muchacho.

—Entiendo eso. Usted se retiró.

—Sí —Ken Mason suspiró hondo, inclinando la cabeza—. Me retiré.

—Aún es joven.

—Claro. Podría seguir en el FBI —hubo un rictus margo en su boca—. Pero en la vida de un hombre casado, con un hogar, con una hija, exige ciertos sacrificios. No era cuestión de seguir arriesgando la existencia con una credencial y un arma. Me dolió mucho lo que hice, muchacho. Pero tenía que hacerlo, y lo hice.

—No se lo reprocho, señor. Solamente comenté que usted aún podía ser un buen agente federal. Activo, eficaz, inteligente.

—No diga esas cosas, muchacho. No me conoce bien, tuve un gran fracaso. El mayor de todos. Desde entonces consideré que era inútil seguir siendo policía, vivir con el recuerdo de mi compañero muerto, asesinado sin que yo pudiera hacer nada por él.

—Dave Stuart, ¿no?

—Sí, ese era su nombre —miró profundamente al joven—. ¿Por qué lo sabe?

—Leí... leí el *dossier* escarlata, señor —y Rick inclinó la cabeza, como temiendo que se burlaran de él.

—Oh, eso... —sacudió su cabeza Masón, sin apariencia alguna de reírse de él—. Entiendo, muchacho. Te hicieron perder el tiempo en eso... Olvidalo.

—¿Olvidarlo? ¿Por qué, señor?

—Es una vieja historia. Demasiado vieja. No se resuelve nada desempolvando viejos trastos de un desván, ni volviendo la vista atrás, a otros tiempos.

—Me encargaron de investigar eso, señor —habló ariamente Scott—. Y voy a hacerlo.

—¿Tú vas a investigar...? —se detuvo Mason. Creyó entender, y una sonrisa burlona asomó, flotando a flor de sus labios—. Sí, creo que te comprendo ahora. Te comprendo muy bien... y comprendo a tus camaradas. Ellos seguramente te alentaron mucho cuando tomaste el *dossier* para estudiarlo.

—Oh, sí, mucho. Son grandes chicos mis compañeros. Más veteranos que yo, claro. Pero se portan bien conmigo. Me tienen aprecio. Y yo a ellos.

—Más veteranos... pero se portan bien contigo —la ácida ironía del tono de Ken Mason no asomó a sus palabras, al menos no para Scott, que aún no conocía demasiado bien al federal—. Bien, muchacho. Eres muy animoso. Pero deja ese *dossier*. Nadie lo resolvió jamás. Yo hubiera podido y debido hacerlo. No lo hice entonces. Y el caso se hundió en el olvido.

—¿Junto con Dave Stuart?

—No me recuerdes a Dave —encajó Ken las mandíbulas—. No, no debes nombrarlo, hijo. Él también pertenece a esa serie de cosas que uno debe olvidar.

—Usted olvidó porque han pasado veinte años. Son muchos años. Demasiados, para vivir esclavo de recuerdos. Mi caso es diferente. Acabo de leer el *dossier*. Es como haberlo vivido. Y muy recientemente. No, no puedo olvidar...

—¿De qué te servirá recordarlo? No hay solución. Todo terminó entonces. Ahora, al cabo de tanto tiempo, bien está así...

Rick Scott contempló fijamente a Ken Mason. Vio ante sí a un hombre alto, fuerte aún, enjuto y bronceado, de cabellos ligeramente canosos en sus sienes y patillas. De ojos penetrantes, vivaces, de expresión amable y correcta. Pensó que era cierto. Ken Mason había olvidado. Acaso con toda razón. Siempre se olvida, con veinte años por medio.

—Me dijeron en el pueblo que su esposa y su hija estaban fuera —habló Scott lentamente.

Ken Mason asintió despacio, yendo a acomodarse en un asiento, junto al ventanal de la finca campestre que asomaba al lago.

—Tienen una canoa con motor fuera borda —explicó el

exfederal—. Van de paseo a veces.

—Su hija, ¿qué edad tiene ya, señor Mason?

—Diecinueve años, muchacho —le miró fijamente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque imagino que ella... ella es hija de... de Laura Kent. Ken Mason sonrió. Asintió con la cabeza firmemente.

—Sí —admitió—. Es hija de Laura y mía. Nos casamos, Rick.

—La historia de amor, perdida entre la sangre del asunto —recitó Scott lentamente.

—Algo así. ¿Importa eso ahora?

—No, no mucho. Solo usted y su esposa son mis testigos. Gente que aún sobrevive a la época. Supongo que son felices.

—Mucho. Y lo hemos sido plenamente durante estos veinte años, muchacho.

—Lo sabía. Tenía que ser así. Era algo de lo que le faltaba al *dossier*. Aparte de su solución final, por supuesto.

—Hazme caso. Es un consejo de amigo y de camarada. Vuelve a tu oficina. Olvida todo esto. Pasó demasiado tiempo. Solo encontrarás cenizas para remover. Sin nada debajo.

—Puede que en alguna parte haya aún un rescoldo, ¿quién sabe nunca esas cosas? —suspiró el joven federal—. Le visité, Mason, por si podía darme algún dato importante, algo que me sirva para empezar el camino.

—Es un camino difícil, hijo. Muy espinoso. Nadie querrá hablar, nadie aceptará tu invitación al recuerdo, a la evocación.

—¿Por qué no?

—Porque a nadie le gusta recordar lo desagradable, lo feo, lo turbio, lo violento. Lo peor de sus vidas, en suma. Ahora, muchos de ellos son venerables personas alejadas de la política, como Shelby Samuels o como Rolf Mac Guire. También los financieros Benton y Mac Duff dejaron las finanzas, aunque sus hijos o parientes más jóvenes sigan la tradición familiar.

—¿Y Ralph Heywood, el Comisionado?

Mason se echó a reír de buena gana.

—El Comisionado Heywood... Hijo, no vayas tan lejos ni tan hondo. Ahora es senador. Dicen que presentará en breve la candidatura a la Presidencia de la Nación.

Rick silbó entre dientes, perplejo. Luego sacudió la cabeza, comentando con tono mordaz:

—Hay gente que ha prosperado mucho desde entonces acá.

—Es inevitable. El tiempo hace cosas así. Un político es ambicioso, sube y sube. Un financiero gana dinero, dinero, y termina casándose y retirándose con todos sus millones, a un margen de la lucha diaria por la vida, la fortuna y el poder. Otros, nos limitamos a vivir, sencillamente, sin grandes ambiciones.

—Ustedes no prosperaron, Mason.

—No. La doctora Laura Kent, de casada Laura Mason, renunció a seguir siendo la presidente de los Asuntos Civiles de la ciudad cuando se casó conmigo, y se limitó a ejercer su carrera, mientras yo continuaba en el FBI por un corto tiempo, para después pedir la baja, establecerme como detective privado, montar una agencia; y vivir de ella, junto con el trabajo de Laura. No hemos necesitado más para ser felices. Doris, mi hija, estudia en la Universidad. Posiblemente sea abogado, porque no le gusta la Medicina como a su madre. Ni, ciertamente, los asuntos policíacos, como a su padre. Vivimos sin grandes lujos, Scott, y somos realmente felices. Eso es todo.

—Es lo que imaginé al llegar aquí y verle —Rick se encaminó a la puerta—. Bien, Mason, gracias por todo.

—¿Te marchas ya? Quédate, muchacho. Puedo ofrecerte un café o una copa y...

—No, gracias. No tengo tiempo. Quiero hablar con unas cuantas personas aún. En otra ocasión podrá invitarme.

Agitó su mano en señal de despedida. Salió de la casa. Ken Mason le vio alejarse rodeando el embarcadero del lago.

Luego, el joven federal se detuvo, miró a la extensión azul y hundió, pensativo, las manos en sus bolsillos.

Ken sonrió. Allá a lo lejos venía una lancha con motor fuera a borda, y deslizándose por el lago. Laura y Doris venían a casa. Rick Scott lo sabía, y estaba esterándolas al borde mismo del lago.

* * *

—¿Laura Mason?

—Sí, yo soy.

—¿Y Doris Mason?

—En efecto. Es mi hija Doris. ¿Quién es usted?

—Rick Scott, agente federal.

—Un federal... —se sorprendió Laura, pestañeando. Podría tener ahora cuarenta y tantos años, pero representaba apenas treinta. Aún era joven y atractiva. Añadió muy serena—: ¿Algún amigo de Ken?

—No, señora. Solamente colega. Un colega que nunca conoció a Ken Mason, salvo por los expedientes del viejo archivo... —miró de soslayo a Doris. Era esbelta, de suave cabello castaño, de ojos profundos y curiosos. Tenía un busto juvenil, llamativo, bajo el nicky amarillo. Y unas bellas piernas, de firmes muslos bronceados, bajo el short blanco, muy ceñido. Estaba amarrando la canoa al embarcadero, con ágiles movimientos llenos de gracia. Scott remachó—: He venido a ver a un maestro de la nueva generación. Y a su esposa e hija.

—¿A nosotras también? —se intrigó Laura.

—Sí, señora.

—Nosotras no significamos nada en la vida profesional de Ken. Cuando él dejó de ser federal, hacía unos meses que éramos marido y mujer.

—Yo leí un expediente en el que usted intervenía destacadamente. Quizá por eso me interesaba conocerla. Fue el último caso de Ken Mason.

—Dios mío —se estremeció Laura—. El *dossier* rojo.

—Eso es. ¿Ken le habló de ello?

—Muchas veces. De eso hace ya tiempo. Ahora todos hemos olvidado el pasado. Es mejor así. Aquello no fue nada agradable. Su única parte hermosa fue que nos conocimos Ken y yo.

—Sí, lo sé. La felicito por ello. Y por su hija. Es encantadora.

—Gracias, señor Scott —habló Doris con tono amable—. ¿Siempre es usted tan cumplido con todo el mundo?

—Bueno, tengo ese defecto —rio Broderick—. Pero no con ustedes dos. Usted, Laura Mason, es tal vez como yo la imaginé. En cuanto a usted, Doris, resulta una sorpresa muy grata para cualquiera. Les juro que soy sincero.

—Le creemos —rio Doris de buena gana—. ¿Va a entrar...?

—No, gracias. He salido ahora de hablar con su padre. Es preferible que vuelva a la ciudad.

—¿No acepta un café con nosotras? —invitó Laura.

—Es una tentación muy fuerte. Pero no debo aceptar. Aún hay muchas cosas por hacer. Y mucho tiempo por delante.

—¿No puedo preguntarle qué es lo que está haciendo, para tener tanta prisa, y también para haberse acordado de venir a vernos aquí, a varias millas de Chicago, viviendo esta vida apacible que nosotros disfrutamos ahora, lejos de toda publicidad?

—Muy sencillo, señora Mason. Me dedico a investigar un viejo caso. Justamente el que usted citó antes, el *dossier* escarlata, el caso que jamás tuvo solución.

—Dios mío —se estremeció Laura Mason—. ¿Depuse de tantos años vuelve todo ese horror...?

—Así son las cosas —Rick se encogió de hombros—. El FBI se acordó de repente de su viejo *dossier* archivado. Y me lo encomendó a mí. Supongo que no les molestará que vuelva por aquí alguna vez más. No debe temer por su hija, señora. Mi intención es inmejorable. A fin de cuentas, no soy un vulgar cazadotes.

—Ni yo tengo dote que usted pueda cazar —rió la muchacha de buen grado.

—¿Olvidas el legado de tu tío Patrick, querida? —reprochó su madre. Volviéndose a Rick le explicó—. Mi hermano Patrick Kent, dejó un legado para Doris cuando ella cumpla su mayoría de edad. Entonces entrará en posesión de una fortuna que solamente ella podrá disfrutar.

—Le doy mi palabra que nada de eso figura en el expediente —prometió Rick—. ¿No me creerá, señora Mason?

—Claro que le creo —rió ella, divertida—. Después de todo, mi hermano murió en el interior del Brasil hace solamente diez años. El *dossier* es mucho más viejo que todo eso. Confío en su buena fe, Scott. Pero eso no significa que le deje cortejar a Doris. Ni que ella acepte sus galanteos.

—Mamá, ¿por qué no me dejas a mí juzgar al respecto? —musitó la joven, risueñamente. Luego tendió su mano a Scott—. Adiós, Rick. Hasta otra vez.

—Hasta pronto —habló Scott entusiasmado—. Hasta muy pronto.

Cuando se alejó, silbaba jovialmente entre dientes. Los ojos de Doris, fijos en el joven brillaban con viveza. Laura no hizo comentarios. Tomó a su hija de la mano, y entró en casa, donde Ken les aguardaba.

CAPÍTULO IX

—POR supuesto, joven. Aquel asunto está muerto y bien muerto. ¿Cómo se le ocurre venir ahora haciendo preguntas sobre algo que sucedió hace veinte años?

Rick Scott sonrió, mostrando su credencial a Shelby Samuels, que fuera en 1941 jefe de la Asociación de ciudadanos de Chicago. Samuels pareció entender, y se echó atrás, estudiando al muchacho con cierta expresión de renovada curiosidad e interés.

—Muy bien —convino—. Un federal. ¿Por qué diablos tiene ahora interés en todo esto el FBI?

—Porque el caso jamás se resolvió.

—Eso es una tontería. Apareció el dinero. Y el Grupo fue disuelto, aniquilado.

—Usted sabe que eso no es cierto. Aniquilaron a casi todo el Grupo. Quedó solamente un superviviente: el asesino de los demás. La Calavera, según el nombre que le fue dado entonces al enmascarado del rostro de esqueleto.

—Oh, no sé, no recuerdo. Hace ya tanto tiempo, Scott.

—Hay cosas que el tiempo no puede borrar. Se recuperó el botín de la organización, o al menos una parte del mismo, puesto que nunca se supo si realmente estaba allí todo el botín, o el asesino de todos los demás pandilleros tenía alguna suma apartada en un lugar todavía más seguro. Sí, hay cosas que no se pueden olvidar. Y menos por quienes las vivieron tan intensamente, Samuels.

—Ye procuré siempre olvidar. Era lo mejor. Resuelto o no el asunto para la policía, lo estaba para el público, que vivió tranquilo desde entonces.

—Eso no basta. Hubo mucha sangre derramada. Posiblemente su principal responsable aún viva en paz en algún lugar del país. Y recuerde que cuando se atacó al Grupo, el comité se había reunido,

pero ellos neutralizaron esas acciones fácilmente, salvo la que el FBI llevó a cabo por su cuenta, sin informar previamente a nadie de su exacta naturaleza.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que alguno de ustedes, los miembros del comité, informó a los *gangsters* de sus intenciones, para que ellos estuvieran en guardia.

—¡Eso es monstruoso, Scott! Es una calumnia, una torpe insinuación de...

—No le acuso a usted ni a nadie en particular, Samuels. Es posible que todos fuesen honestos, excepto uno. El que servía de espía al enemigo y le enviaba los datos precisos para que el Grupo se mantuviera siempre en la impunidad, sin preocuparse por cuantas medidas adoptaran ustedes.

—Sigo sin aceptar tal teoría. Es una sugerencia personal suya, sin el menor valor legal.

—¿Quién habla de legalidades a los veinte años, Samuels? —se echó a reír amargamente Rick—. No, las cosas son diferentes vistas así, a distancia. No tienen ya la misma dimensión. Ahora hay que buscar hechos concretos, evidencias rotundas. No hablamos cara a la ley, sino a nosotros, los humanos, los que queremos saber lo que sucedió entonces, los que solamente pretendemos desempolvar un viejo legajo y descubrir por qué se archivó sin solución.

—Y aunque así fuera, jovencito, ¿cree que usted, un novel en estas lides policiales, podría resolver lo que sus maestros más expertos no supieron nunca dejar claro? —se mofó Samuels, hiriente—. ¿Lo cree de veras...?

Rick Scott no respondió enseguida. En vez de ello, dio unos pasos por la estancia. La suntuosa residencia del exjefe de la Asociación Ciudadana, en el centro de Chicago, era como un lugar incongruente para hablar de cosas así. Samuel era un importante ciudadano, un financiero destacado, un hombre de gran prestigio social y económico. Y él, solamente era lo que dijera Samuels: un novato, un joven federal inexperto.

Pero era un federal dispuesto a todo, con tal de llegar adonde se proponía. Si sus superiores habían confiado en él tan ardua tarea, sabría llevarla a feliz término. Sabría, en suma, cumplir como el mejor.

—No me ha contestado —le recordó Samuels, sarcástico—. ¿Cree que usted, un muchacho sin experiencia, podrá llegar a alguna parte en un caso que ocurrió casi antes de que usted naciera? ¿Con qué elementos de juicio contará para llegar a algo positivo, muchacho?

—Con esto —se tocó la frente, con movimiento brusco. Luego, llevó su mano al pecho—. Y con corazón también, señor... Usted cree que los jóvenes, solo porque somos inexpertos, no podemos servir para algo así. Se equivoca. Y se equivoca rotundamente, créame. Podemos llegar adonde cualquier otro. Y compensamos nuestra falta de experiencia con nuestra fe, nuestra voluntad y nuestro tesón. No retrocedemos ante obstáculos, no nos dejamos intimidar por nadie.

—No traté de ofenderle, muchacho —recogió velas prudentemente Shelby Samuels—. Lo único que expuse, fueron mis dudas de que el FBI haya elegido al hombre idóneo. Aparte de ser este caso muerto, apolillado, perdido en el polvo del pasado, ya entonces fue lo bastante oscuro y difícil para no tener solución, cuando todo estaba aún vivo, fresco, palpitante. ¿Cómo espera hacerlo mejor cuando ya las cosas, las personas y los hechos se han olvidado poco a poco, cuando ya apenas si recuerda uno nada de entonces, y cuando las pistas, los rastros que entonces murieron con Dave Stuart, el agente federal, con la barcaza del dinero y con una máscara de goma representando el rostro de un esqueleto, han desaparecido virtualmente, como puede desaparecer un sendero, en un jardín olvidado por años?

—Sé todo eso, señor. Sé que se archivó por imposible solución. Ahora, de repente, alguien pensó que podía tener solución. Y pensaron que yo podía hacerlo. Eso es lo que cuenta, no lo dude. No voy a defraudarles.

—Me asombra usted, hijito —confesó con estupor Samuels—. ¿Qué espera hacer para ello? ¿Señalar con el dedo al azar, un nombre entre los cientos de miles de sospechosos que pueda hallar en una guía telefónica de 1941, correspondiente a la ciudad de Chicago?

—Pienso hacer algo más concreto, señor. Le dije antes que uno del consejo ciudadano avisó a los *gangsters*. Puede que solamente fuese un soplón, pero de cualquier modo, tuvo contacto directo con

ellos. Tal vez con la Calavera misma. Y ese número de sospechosos es mucho más reducido que el de la guía telefónica; aparte del propio Ken Mason, presente en las juntas, y de su actual esposa, la doctora Kent, entonces en la sección de Medicina Legal de la policía de Chicago, a esa junta acudían usted, el jefe de policía Rolf Mac Guire, y el Comisionado Ralph Heywood.

—Es cierto. Ha aprendido muy bien los puntos del expediente, Scott. Pero ¿qué piensa hacer con eso? Supongo que no intentará acusarme a mí, al exjefe de policía Mac Guire, hoy retirado, o al senador Ralph Heywood, posible candidato a la presidencia en las próximas elecciones por el partido.

—No pienso acusar a los tres, Samuels —sonrió fríamente Rick Scott, encaminándose a la salida, con paso lento—. Solamente a uno de ustedes, los miembros de aquella junta de ciudadanos de 1941... Dentro de ella estoy seguro que hubo un confidente de los *gangsters*.

—¿Se ha vuelto loco? —aulló Samuels—. ¡Le hundiremos por calumnia, si intenta algo así contra nosotros!

—Es posible que incluso vaya más lejos —rio entre dientes Rick, ya en la puerta de la residencia suntuosa del exjefe de la Asociación de Ciudadanos—. Si obtengo alguna prueba, alguna evidencia... tal vez acuse a uno de ustedes de ser la Calavera en persona.

Y cerró la puerta complacido del gesto de horror y de asombro que había logrado imprimir en el rostro enjuto y ya ajado de Shelby Samuels, el importante y rico ciudadano.

* * *

El exjefe de policía Ralph Mac Guire levantó lentamente su blanca cabeza. Cabellos muy abundantes, ondulados, blanquísimos y bien cuidados, ojos agudos, pero ya con el auxilio de gruesas gafas de montura de carey. Y una silla de inválido, al sol del jardín.

—Procure ser breve con él —dijo la señora Mac Guire apagadamente—. Se fatiga con facilidad, señor Scott. Ya son muchos años. Y su dolencia cardíaca...

Asintió Rick. El asunto tenía sus facetas penosas. Como aquella del exjefe de la policía de Chicago. Mac Guire era un hombre de edad. Y enfermo también. Entonces había sido fuerte y arrogante, pero de eso hacía ya veinte años...

—Buenas tardes, señor Mac Guire —saludó Rick, parándose ante él.

—Hola, muchacho —le miró Ralph Mac Guire con amable sonrisa. Achicaba los ojos tras las gafas, para escudriñar mejor—. Me dijo Arme que era usted un federal que quería hablar conmigo...

—Es cierto, señor. Rick Scott, es mi nombre.

—Parece muy joven... ¿Nueva premoción?

—La última —sonrió Rick, algo turbado.

—Bravo —aprobó el exjefe de policía—. El mundo es de los jóvenes. Siempre pensé igual, hijo.

—Dios le escuche, señor. No todos piensan como usted. En especial, Shelby Samuels.

—Ese usurero del diablo... —rezongó Mac Guire—. Nunca me gustó, por muy honesto que fingiera ser. Haría cualquier cosa por dinero, créame.

—¿Cualquier cosa? ¿Incluso... ponerse una careta de goma y exterminar a toda una pandilla de aliados?

—Bueno, eso no sé si... Eh, espere, espere —irguió su canosa cabeza, noble y altiva aún—. Parece como si hablara de... de un viejo caso olvidado hace ya lustros...

—Tiene usted buena memoria, señor Mac Guire. De él hablaba.

—Yo jamás olvidé el asunto del Grupo y la Calavera —escudriñó vivamente a Rick—. Pero usted... ¿por qué se interesa en ello?

—Una misión. La primera de mi carrera. El FBI me la concedió.

—¡Por todos los diablos! —aulló Mac Guire, asombrado—. ¿A usted?

—Creí que confiaba en los jóvenes...

—Y confío, claro que sí. Pero eso de darle semejante asunto... Es una locura. No se pudo resolver jamás. Se borró el último rastro. De eso hace una eternidad. ¿Cómo demonios esperan que ahora, después de tanto tiempo, llegue un muchacho lleno de ilusiones y de fe en sus posibilidades, y se desmorone ante un muro insalvable y desalentador? Parece imposible que hayan pensado así en el FBI...

—Pues sea como sea, así ha ocurrido, señor. Yo acepto la tarea

que me han dado. Sé lo difícil que va a ser todo. Pero no me importa en absoluto. Tengo mi propia composición de lugar ya hecha. No creo confundirme al recorrer los pasos que me lleven a la solución definitiva.

—Dios le oiga, muchacho, pero es imposible... —sacudió su cabeza, desalentado—. Cuando yo era jefe de policía en esta ciudad, mucha gente pensaba que me dejaba sobornar por los pistoleros. Es falso. Jamás me dejé influenciar por ellos ni por su dinero, aunque admito que muchos de mis subordinados eran fácil presa del soborno o de la coacción, y de ahí la ineficacia total de nuestra policía. Le aseguro que luché con todas mis fuerzas contra ese Grupo, pero de nada me valió. Ellos eran fuertes. Solamente aniquilándose entre sí terminó la banda. Por cierto que fue todo tan repentino... Cuando menos lo esperábamos, la Calavera aniquiló a sus compinches. Esa fue la mayor sorpresa que recibí, palabra.

—Tan repentino... —los ojos del joven Scott brillaron, al repetir esa frase del exjefe de policía—. Sí, ciertamente. ¿Por qué obró así el enmascarado?

—Nunca hemos podido saberlo, pero supongo que se vio en peligro o juzgó que ya había obtenido bastante botín, y terminó con todos ellos, para no tener que repartir nada con nadie. Luego, en la barcaza, su tesoro voló con el pobre Stuart. Pero yo siempre he creído que aún quedó por ahí un buen pico oculto, aunque lo cierto es que jamás hallamos rastro alguno del posible dinero sobrante.

—Sí, es una posibilidad —admitió lentamente Rick Scott—. El holocausto tremendo de la barcaza en el lago, fue como una gran representación dispuesta por la Calavera para dar remate espectacular y terrible a la historia. Repentinamente, nuestro insaciable personaje enmascarado, se sintió satisfecho solamente con una pequeña parte del botín, una insignificancia, comparada con los millones a que renunció. Me gustaría saber por qué, qué sucedió en su mente para alterar tan radicalmente sus planes de dominio, de poder, de fortuna inmensa.

—Nadie sabrá eso jamás, muchacho —sacudió la cabeza el exjefe de policía con escepticismo—. Mucha gente se ha enriquecido repentinamente en esta ciudad de entonces acá. Cualquiera pudo ser el hombre que buscamos. Pero, ¿cómo estar seguros, cómo poder acusar a nadie?

—Shelby Samuels es rico ahora. Muy rico. —dijo Scott de repente.

—Oh, Shelby, sí... Pero también era antes de familia acomodada. Tal vez tenga más fortuna ahora, aunque eso no significa nada. Especula en Bolsa y todas esas cosas. Pudo tener suerte, como supone todo el mundo,

—O pudo ser otra cosa.

—Sí, estoy conforme en eso —Mac Guire sonrió levemente—. Yo no puedo entrar en su lista de sospechosos, hijo. No tengo dinero. Solo mi paga, mi retiro. Y unos pocos ahorros. Muy pocos para haber sido quien usted podría sospechar. Le daré mis informes bancarios y...

—No, no. Yo no he venido a acusarle. Ni siquiera a sospechar de usted, señor. Solamente quería conocer a los personajes de entonces. Las piezas del viejo y olvidado rompecabezas...

—Eso está bien, Scott. Es una forma de llegar a algo. Los legajos y papeles no lo dicen todo. ¿Conoce ya a cuantos personajes eligió para escudriñar en el pasado?

—No a todos. Aún me queda uno de los importantes.

—¿Cuál?

—El Comisionado Ralph Heywood.

—Cielos... Heywood, el senador. Para él sí han cambiado las cosas. Es más rico, más famoso, más ambicioso que nunca... Tiene sesenta y ocho años, y la pretensión de ser elegido candidato a la Presidencia de los Estados Unidos.

—Un personaje difícil, en suma.

—Mucho, sí. Hay que manejarlo con cuidado. Con mucho cuidado, Scott. Es demasiado fuerte ahora, para acusarle de sospechas en un viejo asunto criminal. Puede hundirle a uno, sea quien sea. Incluso puede hundirle a usted, muchacho. Y no creo que sintiera escrúpulos en hacerlo.

—De cualquier modo, no le temo. Iré a ver a ese hombre, señor Mac Guire.

—Le felicito. Tiene mucho valor, Scott. Solo espero que pueda achicar a ese prohombre. Le encontrará actualmente en Chicago, por suerte para usted. Está descansando aquí. Los periódicos gastaron más tinta que nunca en anunciarlo a toda plana: "El

senador Heywood, en su casa". "El futuro presidente viene a descansar en Chicago de sus fatigas electorales". Y cosas por el estilo.

—Celebro la coyuntura —sonrió Scott—. No me hubiera gustado desplazarme a Washington solo por ver al ex Comisionado...

—Amigo mío, si toma un coche hasta Cottage Grove, encontrará allí su residencia de verano, frente al lago. Un bello lugar. No sé si querrá recibirle, pero en cuanto esté en mi mano, le facilitaré la tarea. Voy a darle una tarjeta mía, presentándole a Heywood. Siempre me ha apreciado considerablemente, porque le hice unos cuantos favores en su carrera política. No creo que los haya olvidado...

* * *

No los había olvidado.

La tarjeta de Rolf Mac Guire hizo su efecto en Heywood, el poderoso. Tras pasársela su estirado mayordomo, regresó con una seca invitación para Broderick Scott:

—Acompáñeme, por favor. El señor Heywood podrá concederle diez minutos de su precioso tiempo, excepcionalmente, y por enviarle el señor Mac Guire.

No era mucho, pero ya suponía algo. Seguramente sin la tarjeta firmada por el cordial exjefe de policía, nunca hubiera llegado a presencia del senador.

Ralph Heywood era como él lo había imaginado. Fuerte, de complexión recia, lleno de vitalidad pese a sus años, escasos cabellos, ademanes violentos, expresivo rostro nervudo. Y unos ojos fríos y penetrantes, que perforaban a sus interlocutores.

Scott soportó su escudriñadora mirada, tras el apretón de manos, fuerte y breve. El senador se apoyó en su palo de golf, y pareció una estatua en el verde césped del prado destinado al juego, tras el gran edificio asomado al Michigan, entre altas verjas.

—Mac Guire dice que es usted un muchacho de gran porvenir, pero no especifica más —habló Heywood—. ¿En qué puedo apoyarle o prestarle mi ayuda, joven?

—En nada, señor. Solo quiero su colaboración.

—¿Para qué?

—El señor Mac Guire no mencionaba en su tarjeta algo que puede explicárselo; soy agente federal. El FBI, señor.

—¡FBI!... No logro entender qué quiere de mí la policía federal...

—Señor Heywood yo... yo estoy investigando el caso del Grupo y la Calavera.

—¿Cómo? —Heywood pareció no entender nada—. ¿A qué se refiere?

—Al caso olvidado hace veinte años. Chicago, 1941. Ken Mason, Dave Stuart, Rolf Mac Guire, usted, Samuels, la doctora Kent...

—Cielos, todo eso... Parece que pasó un siglo desde entonces. ¿Qué diablos puede andar usted averiguando en relación con algo tan viejo, muchacho?

—Todo. La verdad, señor. Lo que nunca se averiguó.

—Es un disparate —clavó sus ojos atónitos en Rick—. Un total disparate. Eso no podrá ya nunca averiguarse. Es... es algo que pasó y que quedó atrás. Solo eso.

—Algo que pasó y se olvidó, señor. Pero no es solo eso. Hoy en día, alguien vive con una fortuna en sus manos. Lo que faltaba del botín. Hoy en día, alguien sobrevive a todo ese horror, y disfruta de un dinero ensangrentado, impunes sus crímenes de entonces. Eso es lo que hay que resolver. De una vez por todas.

—¿Se ha vuelto loco? Aunque eso fuese cierto, no existen evidencias, indicios de ninguna clase...

—Siempre queda un indicio perdido. Algo que sobrevive al tiempo, al olvido... Es lo que yo estoy buscando.

—No lo hay. No puede haberlo ya.

—No esté tan seguro, senador. He hallado algunos. Aún puedo encontrar otros. Para eso busco su colaboración.

—No creo que pueda hacer nada en su favor. Mac Guire no debió enviarle a mí.

—Usted fue entonces el Comisionado por Chicago, recuérdelo. Usted asistía a las juntas de la Asociación de Ciudadanos. Y una de esas personas mantenía contacto con el Grupo, traicionaba a los demás. Uno de ustedes era confidente del *gang*. O miembro de él...

—¿Qué está diciendo? Esa es una sugerencia escandalosa, una

torpe calumnia contra personas honorables...

—Senador, tengo pruebas concretas. Solamente la junta sabía que Nathan Wymore el magnate que regía en principio al Grupo, iba a caer en una trampa y se asustaría, intentando la fuga. El enmascarado del grupo, su lugarteniente y enlace, le dejó obrar hasta el fin. Luego, le aniquiló en la ruta al aeropuerto. Estaba muy bien informado el enmascarado de rostro de Calavera, ¿no le parece?

—Todo eso es ridículo. No tiene sentido. Le ruego me deje descansar en paz y salga de mi residencia ahora mismo, joven. Informará al FBI sobre sus impertinencias.

—Hágalo, senador —le desafió Rick Scott fríamente—. Pero recuerdo esto; no va a impedirme llegar al fondo del viejo asunto. Caiga quien caiga, descubriré a la persona que traicionó a todos, amigos y enemigos, y que ahora vive en paz, cargada de dinero o con esa fortuna escondida en alguna parte, esperando el momento propicio para, con una excusa cualquiera, hacer reaparecer ese dinero. Aunque realmente, no creo que nadie esperase tantos años resistiendo la tentación, a menos que una fuerte razón le obligara a ello...

Rick Scott dejó la frase en el aire, con repentino gesto de extrañeza. Arrugó el ceño, como si pensara en algo que hasta entonces no había pasado por su mente.

Entretanto, el senador Heywood, con faz enrojecida y brillo agresivo en sus ojos, alzó el palo de golf señalando la salida de su casa.

—Márchese, Scott. Empieza a molestarme usted. No tengo nada que hacer en su favor. No puedo ayudarle en absoluto... ni creo que lo hiciese, aun pudiendo.

—Es muy amable, senador —habló lentamente Rick Scott—. Pero ya no creo necesitar de su cooperación. Es posible que durante muchos años, las cosas se hayan enterrado porque en realidad no podían salir a la superficie, ni nadie hubiera imaginado nunca la verdad. Pero a veces, la chispa de luz brota muy tarde. Y, de súbito, todo se ve claro. Le deseo suerte en su carrera. Pero personalmente, no deseo en absoluto que sea usted elegido candidato a la presidencia. Y si la gente aún tiene buen juicio, no sucederá.

—Scott, estoy harto de usted —rugió Heywood, furioso—. Si no

se marcha, yo haré que lo echen. Y en el futuro, haré cuanto esté en mi mano para hundirle.

—No lo logrará —rio Scott suave, irónicamente, emprendiendo la marcha—. Dentro de poco voy a tener un éxito profesional sonado. Su campaña no podrá perjudicarme, créame. Voy a descubrir al mundo quién fue la Calavera, dónde está ese dinero... y cuál fue la verdad del viejo enigma que nadie supo ni quiso desenterrar de su olvido de lustros.

Se alejó resueltamente. Detrás, un Ralph Heywood irritado y nervioso, trató de continuar su partida de golf. Pero falló lamentablemente y, con gesto airado, tiró el bastón, y emprendió el camino de su casa a grandes zancadas.

* * *

Rick Scott estuvo muy ocupado el resto del día. Cablegramas, conferencias telefónicas a larga distancia...

Cuando hubo terminado con todo ello, suspiró aliviado. A la vez, una sombra de preocupación asomaba a sus ojos.

Creía tener ya resuelto el caso. Definitivamente resuelto.

CAPÍTULO X

DORIS MASON y Rick Scott pasearon lentamente por el embarcadero de tablas. Allá, desde la barca que se movía sobre el lago, impulsada por el motor fuera borda, les saludaron Ken Mason y su esposa, la exdoctora Laura Kent.

Correspondieron ambos al saludo de la pareja. Luego, Doris miró sonriendo a Rick, mientras reanudaban el paseo, bordeando las aguas del Michigan.

—Son felices —suspiró—. Siempre fueron felices, desde que yo tengo uso de razón, Scott. Es hermoso tener unos padres que se aman y se comprenden, ¿no cree?

—Sí, por supuesto que lo es —afirmó Rick lentamente—. Lo más hermoso del mundo. Yo no conozco esa grata experiencia.

—¿Por qué? ¿Sus padres no se aman? —se asombró Doris, abriendo mucho sus ojos, entre ingenuos y maliciosos.

—No es eso. Se amaron cuando yo no existía. Mi madre murió a poco de nacer yo y mi padre me sacó adelante, antes de ser él mismo quien muriese en un accidente. Entonces era solamente un niño. Creo que se querían mucho, pero yo jamás disfruté de ello.

—De veras lo siento —musitó Doris. Inclino la cabeza—. Usted es también un federal, como lo fue mi padre, ¿no es cierto?

—Y bien cierto, sí —convino Rick, sonriente—. Solo que su padre fue mejor que yo. Todos recuerdan aún a Ken Mason.

—Ken Mason, sin embargo, dejó un caso sin revolver.

—¿Le ha hablado de ello acaso?

—Muchas veces lo mencionó. Le atormenta ignorar quién tuvo la culpa del fin de su amigo Dave Stuart, hace veinte años. Creo que eso le hizo terminar con su carrera y retirarse a una vida diferente, fuera del FBI.

—No creo que deba atormentarse por cosas así. Ken Mason no resolvió el caso, pero ninguno lo hizo. Se quedó en el misterio.

—¿Puede existir un asunto sin resolver, de la importancia de aquel?

—Es obvio que existe ahora —sonrió Rick—. De cualquier modo, Doris, traigo buenas noticias para su padre.

—¿Usted? ¿De veras?

—Sí, Doris. Por eso le pedía que volviese con la canoa, antes de su paseo matinal con Laura. Era urgente que él supiera lo sucedido esta madrugada en Chicago.

—¿Qué fue ello? —le miró intensamente Doris—. ¿O no puedo saberlo yo?

Se habían detenido en el embarcadero. Rick explicó con serenidad:

—Un hombre se ha suicidado a las cinco de la madrugada. Deja una carta escrita, una confesión... Eso resuelve el caso, el famoso *dossier* escarlata que se olvidaba en una polvorienta estantería del FBI...

—No es posible —se excitó la muchacha—. ¿Quién... quién fue esa persona? La que se suicidó, claro está...

—Un miembro que entonces asistía a las reuniones de la Asociación de Ciudadanos. Exactamente su propio jefe... Shelby Samuels, sí. Enriqueció, prosperó mucho en unos años. Yo investigué en la Bolsa, Descubrí que muchos valores adquiridos por Samuels no habían variado de cotización o habían ido hacia abajo. Le telefoneé anoche, pidiéndole otra entrevista para aclarar de una vez el viejo asunto. Me prometió recibirme hoy. No tuve que acudir. Me informaron de su muerte. Se mató esta madrugada. Confesó.

—¿Qué fue lo que confesó, Scott?

—Él había sido el confidente del *gang* conocido con el nombre del Grupo. Se le pagó bien. Ese dinero estuvo mucho tiempo escondido. Cuando lo sacó a la luz, pretextó beneficios en la Bolsa que eran falsos.

—El confidente del *gang*... Nada menos que el propio jefe de la Asociación de Ciudadanos... ¿Era él acaso la Calavera?

—Pudo serlo —Rick se encogió de hombros—. La confesión no

asegura nada de eso. Pero oficialmente, así se va a considerar, sí.

—Cielos, de modo que el asunto termina realmente...

—Sí, termina realmente —miró hacia el centro del lago, a la canoa en marcha vertiginosa, a las dos cabezas que asomaban sobre su borda—. Terminó una vieja pesadilla, Doris...

—Admirable —susurró la muchacha, contemplando con fijeza al joven federal—. Eso es lo que es usted. Admirable, Rick...

Scott enrojeció, azorado. Eludió la mirada de Doris Mason. No hubiera sabido qué responder o qué hacer.

Le relevó de ese difícil compromiso lo que sucedía en el lago.

Fue algo repentino, súbito, insospechado. Algo que atrajo inmediatamente las miradas de Rick y de Doris. El grito agudo se percibió en una gran distancia.

—¡La lancha! —gritó Doris, horrorizada—. ¡Está volcando, Rick...!

Era cierto. Había volcado en realidad ya. La canoa con motor fuera borda, en una maniobra violenta y peligrosa para virar, había volcado. Los cuerpos de Ken y de Laura fueron proyectados al agua...

—¡Pronto, una embarcación! —masculló Scott, precipitándose al embarcadero particular de los Masón.

Había allí una sola lancha, con remos. Saltó a ella. Doris le siguió, pese a sus esfuerzos por impedirlo. Rick tomó los remos, bogó con fuerza hacia el centro del lago.

Las cabezas de Laura y de Ken desaparecieron, en medio de un remolino de espuma, junto a la lancha volcada. Doris sollozó, ocultando el rostro entre sus manos...

* * *

Llegaron tarde. Rick se precipitó al agua desde la lancha a remos que condujera hasta allá. Pero no encontró más que a Ken Mason, como un desesperado, braceando, al límite de sus fuerzas, buscando algo con desesperación...

—Ella, Rick... —sollozó—. Ella, Laura... No aparece...

Scott entendió. Se sumergió, buceando hasta bastante profundidad. Tuvo que emerger, con el aire agotado en sus pulmones. Se encontró con la mirada tensa, angustiada, de Ken

Mason. Le hizo un gesto negativo, y volvió a sumergirse, tras llenar de aire sus pulmones con una fuerte inspiración.

A la tercera inmersión, dio con ella.

Estaba su cuerpo enganchado a unas plantas del fondo. Flotaba pesadamente, agitándose en vano, intentando subir a la superficie. Aparecía muy hinchado el que fuera bello cuerpo de Laura Kent.

Logró arrancarlo de las plantas subacuáticas. Se remontó hacia la superficie, tirando del cuerpo con un brazo, entre un remolino denso de fango.

Ken profirió un grito violento al verles emerger a ambos. Se precipitó sobre Laura. Scott le serenó, con voz sorda:

—Espere, Mason. Vale más subirla a bordo de mi lancha. Intentaremos practicarle la respiración artificial. Pero me temo que todo sea inútil...

Le miró Mason con horror, como no pudiendo admitir aquello. Rick y él cargaron con Laura, la subieron a bordo... Doris se precipitó sobre ella, estallando en intenso llanto.

La apartó Rick, presuroso. Se inclinó sobre Laura. Luchó cuanto pudo, practicó la respiración artificial en todas sus facetas, ayudado por Ken. Todo era inútil. Lo sabía de antemano.

Laura Kent, la esposa de Ken Masón, la madre de Doris, estaba muerta.

* * *

—¡Muerta! ¡Muerta, Scott!

—Sí, Mason. Debe hacerse a la idea. Es irremediable ya...

—Muerta... Laura... Mi Laura, mi amor... —sollozó patéticamente el exfederal.

Rick no dijo nada. Apretó los labios. Tomó a Doris consigo, la sacó de la habitación de la residencia, donde Ken lloraba a la muerta.

—Déjeme ahí, con mi madre —pidió Doris apagadamente—. Tengo que acompañar a papá en estas horas...

—Lo comprendo, sí —asintió Scott despacio—. Ya la dejo ahora, Doris. Permita solamente que... que me despida de ustedes. Creo que ahora ya no tiene importancia alguna que informe a su padre del fin de un viejo asunto... Ahora, nada puede importarle ya

demasiado.

—¿No va a quedarse con nosotros, Rick? —los ojos enrojecidos de la joven se alzaron hacia él vivamente.

—No, no puedo. Tengo cosas que hacer. Debo cerrar el *dossier*. Ya esperó demasiado tiempo sin terminar... De cualquier modo, yo no haría nada aquí, en este lugar. Ahora son ustedes dos quiénes deben... sufrir este duro trance. Lo siento, Doris. De veras lo siento. Pero usted es joven. Debe tener conformidad, afrontar la realidad, por dura que sea. Y confiar en su futuro, en un mañana mejor... Eso es lo que Laura hubiese querido, estoy seguro.

—Rick, me gustaría... me gustaría verle alguna vez por aquí cuando... cuando todo esto haya pasado...

—Vendré, Doris. No solo eso, sino que acudiré a los funerales por su madre. Y vendré, no dude. Vendré a verla, a ayudarla a olvidar... Aunque supongo que no le faltarán moscardones, al olor de su próxima herencia.

—Mi herencia... —musitó Doris, con voz triste. Sacudió la cabeza en forma negativa—. No, Rick, no tema nada en ese aspecto. Mi madre... mi madre me confesó ayer que mi tío de Brasil ha dejado solamente deudas. Malgastó su gran fortuna. Deja unas minas que no valen nada. Y ni un centavo. Pero yo me alegré de eso. Me sentí feliz de no recibir dinero alguno. Mi madre pareció extrañarse primero. Luego... luego me besó, y me dijo que era maravilloso no ambicionar nada. Se alegraba de que yo hubiese sabido esa gran verdad tan pronto, y no como ella, que lo supo muy tarde. Necesitó tener un gran amor, una ilusión en su vida, para comprender que nada valía la pena por dinero... Pobre mamá...

—Sí —murmuró Rick—. Pobre Laura...

Oprimió una mano de Doris con calor. Le sonrió, animoso. Hizo un leve gesto de despedida, un mudo “hasta pronto”, que ella pareció entender.

Rick se alejó lentamente. Dejó atrás la casa de los Mason, el lago, el embarcadero, la barca de remos, la lancha con motor fuera borda, volcada en una torpe e imprevista maniobra de Laura...

Pasó Rick Scott junto al buzón exterior de la casa. Recordó, asociando sus ideas, la carta que había recibido esa misma mañana, a primera hora. Una carta breve y patética:

“Sé que usted volverá a casa. Cuando eso ocurra, significará que ha descubierto al fin la solución al *dossier* escarlata. Yo lo sabré enseguida. Lo estaré esperando.

“Cuide de Doris en el futuro. Solo pienso en ella y en Ken. Para ellos será esto lo mejor. Usted lo entenderá cuando suceda. Sabrá entonces que elegí mi propio camino.

“La naturaleza humana es algo muy extraño, Scott. A veces se ambiciona demasiado, se sueña con el poder, con la sed de dominio y posesión. Se hace cuanto es posible por ello, sin detenerse ante escrúpulo alguno.

“Luego, de repente, un hombre te habla de amor, y todo cambia. Todo lo anterior carece de valor real. La crueldad y el egoísmo dejan de significar algo. Esa ha sido mi vida. Sé que usted me comprenderá, aunque nunca me disculpe,

“Laura.”

Era una misiva oscura. Sería incomprensible para cualquiera, Pero no para él. Sería incomprensible para quien no supiera ya que el tío de Doris, el rico tío del Brasil, jamás existió. Que la fortuna personal de Laura, una fortuna secreta, era la que esperaba a Doris, a su mayoría de edad. Y que esa misma fortuna, repentinamente, había sido invertida por personas desconocidas, en comprar tierras y minas sin valor, en el interior de Brasil.

Así desaparecía un dinero sangriento. El resto de un botín de fábula. Doris nunca recibiría su fortuna heredada. Ni le hacía falta alguna ese dinero, sucio de sangre y de muerte.

Mientras el mundo acogería el suicidio de Shelby Samuels como el fin del *dossier* escarlata, mientras todos afirmarían que el exjefe de la Asociación de Ciudadanos era el confidente del *gang* en 1941, y a la vez el misterioso enmascarado de la Calavera, solamente una persona en el mundo sabría la verdad, el auténtico desenlace del *dossier* escarlata. Solamente Rick Scott sabría que una persona, por amor, renunció veinte años atrás a seguir siendo el feroz enmascarado. Y que, también por amor, ahora renunciaba a seguir

viviendo, para que su muerte fuese el silencio eterno, el fin de la historia. Y una súplica patética, postrera, a Rick Scott. Para que jamás violase su silencio, para que nunca revelase el facto ignorado del caso.

Para que nunca la identidad de la Calavera llegase a conocimiento de Doris, de Ken Mason...

Para que nadie supiera que ella, Laura Kent, fue el misterioso y cruel enmascarado del Grupo. El más despiadado, astuto y ambicioso de todos los criminales de aquella asociación...

* * *

Rick Scott, de regreso a la oficina del FBI, con la confesión en que Shelby Samuels confesaba haber sido el confidente y colaborador de los asesinos de 1941, evocaba retazos, momentos del *dossier* que llegaron a darle la clave, la pista para llegar hasta Laura Kent. Hasta la verdad perseguida...

Aquel encuentro con Ken, cuando él la reveló su amor, su deseo de casarse con ella... Laura sentía ya ese amor por Ken Mason, el federal. Y el amor hizo el milagro en la doctora Kent, la mujer dura y perversa, amoral y egoísta. El amor logró cambiarla, la hizo arrepentirse, renegar de su vida anterior.

Entonces, justamente tras esa escena en que aceptó ser la esposa de Ken, cayeron los demás pandilleros asesinados. Y Laura renunció incluso a su enorme botín, situando un explosivo a bordo. Lo que nunca imaginó es que Stuart, el gran amigo de su prometido, sería la víctima, en el holocausto final. La pequeña parte que guardó, el dinero reservado durante años, era para su hogar, para sus futuros hijos, para evitar que fuesen como ella había sido. Pero antes de jugar su carta final, frente al presentido triunfo de Rick, optó por lo mejor: destruir definitivamente ese dinero invirtiéndolo en tierras sin valor, a través de un agente en Brasil. Doris no sería tocada por ese dinero maldito. Laura, después, partió hacia el lago con Ken.

El viraje de la canoa, el descenso al fondo de las aguas, todo estuvo bien calculado. Era su final y lo sabía. Eligió ese camino por amor. Amor a Ken, a su hija. Amor a un silencio piadoso y digno.

Un silencio que Rick Scott jamás rompería. Jamás...

CAPÍTULO XI

—**H**A sido una gran lección para todos, Kern...

—¿Lección? —bufó Howard Kern entre dientes—. Di mejor que ha sido el mayor de los ejemplos... Ese novato, da al traste con el *dossier* escarlata... ¡Inaudito! Y merecido, por todos los diablos...

—Ahora me alegro de haber gastado esa tremenda broma al muchacho —suspiró Jansen—. Pero, ¿quién podía imaginarse...?

—Bueno, después de todo, él también es un federal —rechazó Kern—. Y ha demostrado que será mejor que todos nosotros. Le bastó leer ese maldito dossier, hacer unas visitas, preguntar a unas personas, y encontrar la solución. ¡Una solución que estuvo todo el tiempo delante de nosotros, y nadie supimos verla!...

—Así son las cosas. La nueva promoción viene fuerte, Kern. Debemos rendirnos a la evidencia...

Howard Kern asintió, contemplando el vacío despacho del joven Scott. Sacudió la cabeza.

—Para empezar, vacaciones, una chica bonita, amor, acaso boda... —Kern chascó la lengua— La broma nos la ha gastado él a nosotros, Jansen. Creo que nunca más seré capaz de burlarme de un novato.

—Bueno, todos no serán Broderick Scott —se estremeció Jansen—. Por fortuna para nosotros, claro.

—De todos modos, fue lo mejor que pudo suceder. No me hubiera perdonado nunca que el muchacho malograra su carrera, solo porque nosotros le habíamos hecho objeto de una broma demasiado fuerte... Es como si la Providencia nos hubiera ayudado, Jansen. Y como si le hubiera ayudado muy especialmente a él...

—Así debió ser. Me alegro también de que la burla terminara así, para vergüenza nuestra, Jansen...

—El que salió ganando, fue el FBI. Y la justicia... Me siento un

poco orgulloso, incluso. Indirectamente, gracias a nosotros, el *dossier* escarlata ya no estará más ahí, acusándonos con su presencia, como una pesadilla.

—¡Presuntuoso! ¿Gracias a ti? —rio Jansen—. Di mejor que gracias a la inteligencia y a la lección de buen juicio y de lógica aplastante que nos ha dado un mozalbete, un simple novato del FBI...

Kern no contestó a eso. Entre otras cosas, porque esa era la pura verdad.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] En las ciudades importantes de Estados Unidos, las matrículas de baja numeración se reservan a personas importantes política o económicamente.